

RESEÑAS

Rogelio Altez y Manuel Chust (eds.), *Las revoluciones en el largo siglo XIX latinoamericano*, Madrid, AHILA / Iberoamericana-Vervuert, 2015, 266 pp.

Editado conjuntamente por Rogelio Altez y Manuel Chust, el libro es una colección de once ensayos escritos por trece historiadores procedentes de España, Argentina, Venezuela, Chile, Brasil, Cuba y México. La mayor parte de los textos (nueve del total) se enfocan en el periodo independentista, ya discutiendo la pertinencia de conceptos, periodizaciones y encuadres generales (revolución, independencia, revoluciones atlánticas, modernidad...), ya estudiando casos republicanos concretos o analizando la conmemoración del primer centenario a escala continental (Tomás Pérez Vejo). Los dos capítulos restantes se centran en el México de la Reforma y en el de la Revolución de 1910 y, si bien son congruentes con el tema general de las revoluciones enunciado en el título, restan uniformidad al volumen, pues no lo hacen por ello una discusión cabal del “largo siglo XIX” latinoamericano.

El gran tema del libro es, entonces, la caracterización de las independencias como revoluciones y no tanto, como propone la introducción de manera más restringida, “fundar un debate historiográfico y analítico con las interpretaciones que ven en las revoluciones hispanoamericanas a la modernidad como su fondo más determinante” (p. 16). En efecto, tal propósito no es compartido por todos los autores: de hecho, no es siquiera evocado en la mayor parte de sus capítulos. Así entonces, por cuanto considero que la lectura más fecunda de este trabajo colectivo es, precisamente, la invitación a debatir acerca de la naturaleza y los problemas inherentes a la periodización del proceso independentista, mis comentarios seguirán esta veta, y no el vector propuesto por los editores en la introducción, de discutir algunos de los enunciados de la obra de François-Xavier Guerra.

Manuel Chust abre el volumen poniendo sobre la mesa las implicaciones que han tenido los debates historiográficos anglosajones y franceses sobre el abordaje de las mutaciones políticas hispanoamericanas. En la medida en que terminaron erigiendo modelos revolucionarios normativos, suscitaban comparaciones desventajosas que desconocían la personalidad, rebajaban la dignidad y negaban los alcances de las experiencias de los pueblos de habla española y portuguesa. Durante el siglo XX, las revoluciones rusa, china y cubana, así como la Guerra Fría, significaron un cambio en los paradigmas discursivos, pero, según Chust, perpetuaron la “minusvaloración histórica” del derrotero seguido por la América antes española en el siglo XIX: si en el espejo de las luchas anticoloniales se le vio como una historia de dependencia prolongada, en el de las revoluciones atlánticas fue mirado como una lucha imperfecta por la libertad.

Rogelio Altez recuerda en su texto que el término ‘revolución’ carece de “una definición teórica acabada y relativamente consensuada que le confiera utilidades analíticas” y

apunta que en el caso hispanoamericano se le ha empleado como sinónimo de ‘independencia’, como meta-concepto incapaz de decodificar realidades y como base del discurso nacionalista. El binomio revolución-independencia, según él, se ha convertido en una “trampa hermenéutica” que centra sus interpretaciones en la coyuntura, en detrimento del “contexto colonial” y de la larga duración.

Ivana Frassetto esboza una respuesta a los interrogantes planteados por Rogelio Altez al asegurar que, más allá de la interpretación nacionalista, las independencias “supusieron el triunfo de una revolución” y que esta “transformó cualitativamente las estructuras políticas, jurídicas, sociales y económicas del antiguo régimen colonial y convirtió a las antiguas divisiones administrativas de las monarquías en Estados-naciones liberales”. Propone, por tanto, hacer una distinción entre la separación jurídica de los nuevos Estados de las monarquías ibéricas, el proceso que llevó a la creación de aquellos bajo los parámetros básicos del liberalismo y lo que denomina como la cuestión social.

Raúl Fradkin retoma todas estas cuestiones en el mejor capítulo del libro, que trata acerca de las dificultades y reticencias que ha supuesto la inclusión de las experiencias latinoamericanas dentro del gran ciclo revolucionario occidental de los años 1770-1840. Según asevera, ni el paradigma de “revoluciones burguesas” ni los de “revoluciones atlánticas” o “hispanicas” saldan la cuestión, por mucho que hayan permitido desacralizar las narrativas nacionales. Las críticas con respecto al último modelo son, a mi modo de ver, especialmente interesantes: la elección de 1808 y de la crisis de la monarquía como “causa primera y eficiente de los procesos revolucionarios” es congruente con una “imagen del imperio plagada de nostalgia” y con una recepción exitosa que el autor achaca a un contexto de “conservadorismo ideológico” y de “concepciones neoliberales” en el pensamiento político latinoamericano. El resultado, en su opinión, es una visión de las independencias como revolución política que prescinde de considerar el que a la postre fue su principal resultado: “el primer gran proceso de descolonización”. Concretamente, invita a examinar aquellos años como parte de una larga era de insurrección que incluya a los movimientos andinos de fines del siglo XVIII (tras la senda de Sergio Serulnikov) y atienda a la función histórica de los sectores populares y de los conflictos sociales y étnicos (lo que permite también, en su opinión, recuperar el sentido anticolonial de las independencias).

Las revoluciones en el largo siglo XIX latinoamericano no solo plantea filosófica e historiográficamente el problema de la naturaleza de las independencias, también responde a dicha interrogante mediante la confrontación de las diversas experiencias latinoamericanas. Así, Juan Luis Ossa retoma el problemático binomio revolución-independencia a la luz del caso chileno y de sus tres corrientes historiográficas principales. El trayecto le permite distinguir una “revolución sin independencia” (acaecida entre 1810 y 1814 y caracterizada por “cambios sustanciales en la constitución del poder político”) de una “guerra civil revolucionaria” (que enfrentó a los autonomistas chilenos con el virrey José Fernando de Abascal y Sousa y líderes fidelistas provenientes de familias criollas acomodadas) y de una “revolución separatista”, desencadenada por la restauración de Fernando VII, la política desarrollada por sus agentes y la experiencia de emigración de Bernardo O’Higgins y sus copartidarios en Mendoza. Por su parte, João Paulo Pimenta y Mariana Ferraz Paulino establecen, a través de hitos bibliográficos que abarcan el periodo 1826-1970, una genealogía de la difundida idea de “no independencia” de

Brasil, esto es, de la negación de que la separación de Portugal en 1822 fue un “proceso radicalmente transformador”. El tópico marca un fuerte contraste con la experiencia hispanoamericana cuyo tenor es, según indican varios de los capítulos del libro aquí reseñado, la equivalencia (y aun la sinonimia) de revolución e independencia. Por el contrario, en Brasil, el énfasis se ha puesto en la independencia como emancipación, lo que supone privilegiar la clave de la continuidad: de la dinastía Braganza, del régimen monárquico y de la cohesión territorial. Inés Quintero y Ángel Almarza estudian la creación de la República de Colombia y el establecimiento de un sistema representativo para sondear los alcances de la transformación y la ruptura de la legitimidad monárquica. Antonio Santamaría García y Sigfrido Vázquez Cienfuegos aprovechan el caso cubano –leído como un ejemplo del perdurable colonialismo antillano y como saldo favorable para la elite habanera de las negociaciones con la corte española– para recordar que la independencia (y aun la revolución) no eran una fatalidad en la América ibérica.

Los comentarios anteriores solo aspiran a dar cuenta, a grandes rasgos, de un volumen que contiene una gran diversidad de casos y de enfoques y cuyas conclusiones no siempre apuntan a un mismo lugar. Por ello, es realmente una pena que los editores no hayan escrito un capítulo final de conclusiones donde trataran de recoger y de relacionar entre sí los diversos textos.

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA
CEHIS-Universidad Externado de Colombia

RAYMOND B. CRAIB, *The Cry of the Renegade: Politics and Poetry in Interwar Chile*, New York, Oxford University Press, 2016, 271 pp.

Hay vidas atrapadas como flores secas
entre las páginas de este libro.
Greg Dening

El día viernes 1 de octubre de 1920, la ciudad de Santiago se detuvo cuando miles de personas abandonaron sus actividades diarias para salir a honrar el cortejo fúnebre de José Domingo Gómez Rojas, poeta y estudiante universitario de veinticuatro años. Conocido como “el poeta cohete” participó de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) donde con una clara convicción de responsabilidad social asistía a los más pobres y desposeídos¹. Con este acontecimiento se inicia *El grito del renegado. Política y poesía entreguerras en Chile* de Raymond B. Craib –profesor asociado del Departamento de Historia y director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cornell– publicado en 2016 por Oxford University Press. El libro exa-

¹ “José Domingo Gómez Rojas (1896-1920)”, disponible en www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3476.html [Fecha de consulta: 25 de enero de 2017].

mina, de una forma no biográfica, el contexto en que se desarrolló su arresto, encarcelamiento y muerte; además, las experiencias de vida de muchos de sus camaradas. La obra pretende dar respuesta al cómo y al por qué el joven poeta cohete fue llevado primero a la cárcel, luego a la Casa de Orates y, en último término, al cementerio. El relato es un esfuerzo por rescatarlo del olvido y de un destino historiográfico igualmente solitario: el martirio (p. 6).

La apuesta del autor es, a lo largo de cuatro meses en el Santiago de 1920, dar cuenta de forma narrativa y analítica los acontecimientos protagonizados por anarquistas, aristócratas, estudiantes, profesores, poetas y policías. Llama especialmente la atención la radicalización y la desidentificación que experimentaron los estudiantes universitarios durante la década de 1910, así como las estrechas relaciones que establecieron con los movimientos obreros de la época. Aparece con fuerza la importancia del anarco-comunismo en Chile en las primeras décadas del siglo xx, lo que culminó en 1931 con la formación del Partido Socialista Marxista, que en 1933 formaría el Partido Socialista Chileno².

El relato de Raymond Craib se articula en torno a la vida y obra de agitadores y organizadores que pasaron gran parte de su existencia en la capital, por lo que la ciudad ocupa un importante lugar dentro de la narración. En definitiva, podemos señalar que se dan a conocer las historias de personas y personajes, de sus luchas y preocupaciones altruistas, y de los ideales de futuro por los que ellos luchaban.

Como se señaló con anterioridad el autor introduce el relato con el funeral de José Domingo y con ello presenta a los lectores a algunas de las figuras principales del libro, como el propio José Domingo Gómez Rojas, Casimiro Barrios, Juan y Pedro Gandulfo y el juez José Astorquiza. Además, se da a conocer la historia política de los estudiantes universitarios, la FECH, de la que formaba parte; así como el surgimiento del anarquismo en la capital y la geografía social del Santiago a comienzos del siglo xx, en especial considerando los movimientos obreros miembros de la Federación Obrera de Chile (FOCH), y los *Wobblies*, miembros clandestinos de la IWW, Trabajadores Industriales del Mundo por sus siglas en inglés.

El primer capítulo comienza el 19 de julio de 1920, con la expulsión de Chile de Casimiro Barrios, un trabajador de origen español que había llegado muy joven al país. Este acápite se centra especialmente en la vida del expulsado, sus orígenes y su compromiso con los ideales del anarquismo; además, se describen con detalle las calles céntricas de Santiago, como el barrio San Diego donde se desenvolvía en su vida cotidiana. Este capítulo titulado “Un centinela constante” se refiere a Barrios como un radical, a quien es necesario comprender, alguien con valores de profundo arraigo a la comunidad y con un espíritu impetuoso, capaz de movilizar a las personas para huelgas y manifestaciones. Esto fue lo que el 19 de julio de 1920 lo puso en la frontera con Perú, etiquetándolo de extranjero, anarquista y subversivo.

“Los hermanos Gandulfo” es el título que recibe el segundo capítulo del libro, en él se narra lo sucedido en Santiago entre el 19 y el 27 de julio de 1920 y está enfocado en

² “Entrevista al Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas”, en *El amanecer. Publicación mensual anarquista*, Chillán, 13 de diciembre de 2012. Disponible en <https://periodicoelamanecer.wordpress.com/2012/12/13/entrevista-al-grupo-de-estudios-jose-domingo-gomez-rojas> [Fecha de consulta: 25 de enero de 2017].

la experiencia de cercanía y compenetración que tuvieron los estudiantes universitarios con los trabajadores de Santiago. Este acápite se centra especialmente en la radicalización de los estudiantes que conforman la FECH y, luego, las repetidas agresiones a las que son sometidos. Además, se ocupa de la evolución de la geografía urbana capitalina, lo que entrega las claves para entender el actuar de los estudiantes y sus experiencias y relaciones con la urbe.

El tercer capítulo, titulado “Santiago subversivo” y fechado el 19 de julio de 1920, se centra en los esfuerzos que realiza el gobierno de Juan Luis Sanfuentes para identificar, encarcelar y enjuiciar a los supuestos subversivos a raíz de los ataques en contra de la FECH. Este apartado presenta a José Astorquiza Libano, fiscal especial, figura clave en la investigación de la supuesta subversión de estudiantes y trabajadores. Situación que es enmascarada con el rumor de una inminente guerra contra Perú, por lo que se decreta la ley marcial en el país y se hacen juicios en contra de obreros y estudiantes subversivos, donde se les apalea, extradita, juzga y encarcela. El capítulo da cuenta, también, de las formas en que las elites de Santiago experimentaron la ciudad cambiante. Asimismo, se enfatiza el papel de la IWW en la organización del trabajo en Santiago y la forma cómo circulaban las ideas en la capital.

El capítulo final se sitúa en septiembre de 1920 y se titula “Un estado salvaje” en él narran las experiencias del poeta José Domingo Gómez Rojas, encarcelado por el juez José Astorquiza, por los cargos de subversión y pertenencia a la IWW. En la cárcel es sometido a constantes torturas y hostigamientos, lo que le provoca un debilitamiento en su salud mental hasta que es transferido a la Casa de Orates, donde, luego de una meningitis no tratada, pierde el juicio y muere. Este acápite elabora un argumento sobre la relación entre su poesía y su política e incluye numerosas traducciones originales de ella, terminando con su muerte y las reacciones que provocó entre sus camaradas y amigos.

Finalmente, el epílogo continúa con los temas principales tratados en el libro, dando cuenta de lo sucedido en la vida de los protagonistas, intentando explicar cómo lo que aconteció a lo largo de estos cuatro meses de 1920 marcaron a toda una generación de jóvenes chilenos llegando, incluso, hasta nuestros días.

Una mención aparte, considerada como un gran acierto, es la serie de imágenes, diagramas, recortes de prensa, mapas y planos de la capital, que hacen posible una configuración espacio-temporal acorde con el Santiago de principios del siglo xx, en que se ancla la narración de Raymond Craib, lo que permite al lector realizar una lectura del espacio de la ciudad no solo geográfico y físico sino, también, vivido e imaginado, contrastándolo en especial con el Santiago del siglo xxi.

La obra presenta un acercamiento histórico/novelado a la historia del “poeta cohete”, pero no cae excesivamente en el relato/ficción de su historia, sino, más bien, todo lo contrario, ya que nos encontramos con un texto muy bien documentado del periodo en el cual está inscrito. El autor no solo presenta una atractiva aproximación a la biografía de José Domingo Gómez Rojas, sino que también entrega un retrato de Santiago y del país entero; es interesante considerar la bibliografía utilizada para la escritura del libro, puesto que es posible encontrarse, en algunos casos, con interesantes obras y artículos que pueden ser de utilidad para ahondar más en el contexto histórico y social del Santiago del primer cuarto del siglo xx.

En definitiva, la obra de Raymond Craib presenta, a través de un relato profundo y muy bien documentado un vívido homenaje al estudiante, poeta y rebelde José Domingo Gómez Rojas, el poeta cohete, a la vez que perfila y dibuja una época en constante cambio. Un retrato de estudiantes y trabajadores unidos para protestar en contra la injusticia social. Una aproximación al anarquismo como una disposición personal y colectiva, y no como una ideología o un movimiento.

BENJAMÍN SILVA FARIÁS
Pontificia Universidad Católica de Chile

THOMAS DAVID and GERARDA WESTERHUIS (eds.), *The Power of Corporate Networks: A Comparative and Historical Perspective*, New York, Routledge, 2014, 349 pp.

Este libro, editado por Thomas David y Gerarda Westerhuis, se debe insertar dentro de una creciente literatura que ha traído de vuelta al capitalismo como tema central de estudio para las Ciencias Sociales. Sin embargo, estas visiones renovadas presentan importantes diferencias en comparación con los paradigmas intelectuales e historiográficos que dominaron la segunda mitad del siglo xx. Tras décadas de trabajos sobre los sectores históricamente subordinados a la explotación capitalista –desde la historia social y la historiografía marxista hasta la prosa poscolonial y subalterna– los florecientes estudios sobre el capitalismo atienden, ahora, a las arquitecturas económicas, sociales y políticas que facilitaron el establecimiento de los regímenes de poder y producción capitalista. En una década de permanente crisis (2007-2017), donde las preguntas sobre la factibilidad y viabilidad de dicho sistema hacia el siglo xxi no han dejado de reverberar, la nueva literatura sobre el capitalismo promete verter luces sobre pasado, presente y futuro de sus hegemonías y crisis.

The Power of Corporate Networks se enfoca en las corporaciones como aspecto absolutamente gravitante para entender la historia del capitalismo en el transcurso del siglo xx. Los ensamblajes corporativos han sido una característica medular de las configuraciones capitalistas que estructuran la historia económica global del pasado. Tanto el “primer mundo”, en plenitud del ejercicio de sus hegemonías políticas y económicas, como los otros en desarrollo –segundos, terceros, etcétera– estuvieron sujetos a lógicas y voluntades crecientemente corporativas. El ocaso del capitalismo industrial, imperial en sus albores, estatal-nacional más adelante, conllevó a un paulatino anonimato de las identidades capitalistas, identidades que se constituyeron en complejas redes corporativas tejidas nacional, internacional y transnacionalmente. A medida que la identidad nacional del capital se difuminó y diluyó, las corporaciones ocuparon un lugar preponderante en el dictado del derrotero económico, social y político de Estados-naciones y sociedades. Cuando los intereses corporativos se confrontaron a precariedades institucionales, el resultado fue un socavamiento importante de las soberanías nacionales y un mayor grado de vulnerabilidad socioeconómica y política. Cuando, en cambio, las cor-

poraciones confrontaban mayores grados de institucionalidad, el resultado fue una compleja –a menudo tan legal como ilegítima– amalgama de intereses privados y públicos.

El objetivo central de este texto es ofrecer un primer esfuerzo multidisciplinar por pensar el entramado del poder corporativo más allá de casos o periodos específicos, brindando, a su vez, una visión de largo aliento, histórica y comparativa, que permita generar un marco teórico para comprender la complejidad de las redes corporativas. Este marco teórico debe responder, a juicio de los propios editores, preguntas como el grado de involucramiento de instituciones nacionales en la conformación y consolidación de redes corporativas, las funciones económicas de las redes corporativas, la importancia del análisis comparativo de corporaciones y una nueva cronología de los ciclos de expansión y contracción del capitalismo corporativo en el siglo xx. Con estos objetivos declarados, Thomas David y Gerarda Westerhuis desarrollan un modelo de tres niveles que ayuda a “describir y explicar cambios en el desarrollo de redes corporativas” (p. 9). El primer nivel, macro, lidia con las escalas de negociación nacional donde se asientan y esparcen las redes corporativas, atendiendo a las formas en que los regímenes políticos –liberalismo, estatismo, o sus variantes – moldean y definen intereses corporativos. El segundo nivel, meso, presta atención a la composición social de las redes corporativas, particularmente a las identidades e intereses de los agentes que conforman las juntas directivas de dichas redes. Un interés peculiar de los editores, dentro de este nivel de análisis, es revelar cómo los grupos de negocios –en tanto enclaves de intereses económicos que vinculan a empresas diferentes mediante la presencia repetida de algunos agentes en sus juntas directivas– pueden reforzar una “cohesión de clase dentro de la élite” (p. 11). El último nivel de análisis, micro, se enfoca en los *stakeholders* de cada empresa integrante de una red corporativa, incluyendo a propietarios, administradores y empleados como representantes de los grandes intereses corporativos. Un aporte tan sustancial como limitado, en este nivel, es la incorporación de la esfera laboral dentro de la configuración capitalista corporativa. De acuerdo con los editores, ciertas empresas permiten el acceso de empleados a las juntas directivas, inclusión que puede terminar afectando el interés de toda la red corporativa en su conjunto. Asimismo, este nivel de análisis también permite visibilizar el comportamiento organizacional de una red corporativa de manera mucho menos hegemónica, resaltando los intereses, a menudo conflictivos, de los *stakeholders* como representantes de lógicas capitalistas, administrativas y laborales.

Además de generar este marco teórico, la evidencia empírica ofrecida a lo largo de catorce capítulos y estudios de caso permite que los editores reclamen, como uno de los resultados ulteriores de su compilación, al menos tres novedades. Primero, la incorporación de la banca como elemento de análisis para comprender el tejido de las redes corporativas y la relación entre industria y sector financiero, relación que –según ellos– solo había sido explorada “de manera ahistórica y enfocada en países desarrollados” (p. 22). Segundo, enfatizar el papel del Estado, directo o indirecto, en la conformación y conducción de redes corporativas, bien mediante la presencia y agencia de empresas estatales o, bien, a través de su aparato político-económico como jurídico-legal. Finalmente, avanzar en un análisis que permita comprender cómo, en ciertos momentos históricos, bancos y Estados son reemplazados por otro tipo de instituciones, tales como:

“grupos de negocios, firmas familiares, empresas coloniales y multifamiliares” (p. 22), instituciones que habían permanecido al margen de los estudios sobre corporaciones, como los mismos editores sentencian.

El libro se encuentra dividido en cinco grandes secciones, antecedidas por un extremadamente corto y sucinto prefacio y la introducción mencionada líneas atrás. El prefacio –escrito por Frans Stokman, profesor honorario de la Universidad de Groninga– merece una mención aparte. Además de presentar sus propios aportes y visiones sobre el presente y futuro de los estudios sobre las redes corporativas y de resaltar la desnacionalización de dichas redes en el transcurso del siglo pasado, su aporte, para valorar las contribuciones del volumen, es limitado. Luego de confundir el nombre del título del volumen, empleando *Networks of Corporate Power*, señala como una de las ideas más sugerentes el ver “cómo los intereses cambian fundamentalmente a lo largo del tiempo, no solo para uno o pocos países sino para todos, revelando dramáticos y dinámicos efectos en las redes [corporativas] en ciertos periodos” (p. xvi). Al acusar, de la misma forma, que la caída del número de redes nacionales “densas” supuso condiciones idóneas para menores niveles de fiscalización efectiva con negocios desde sus “centros nacionales” y cómo ello coadyuvó a una explotación inmoral de la economía por parte de instituciones financieras. Termina confiriéndole –erradamente, a mi juicio– un *ethos* económico a lo estatal-nacional en relación con lo corporativo.

En una de las decisiones más desafortunadas en la confección de este volumen, la estructura y organización de los capítulos compartimenta y jerarquiza en lugar de generar conversaciones transversales y, tal cual reclama el título mismo del libro, comparativas. La primera sección está dedicada a “grandes economías desarrolladas” e incluye estudios de caso sobre Estados Unidos, el Reino Unido y Alemania. La segunda, titulada “Pequeñas economías europeas”, cubre Holanda, Suiza y Austria. La tercera, dedicada a “capitalismo de Estado”, incluye trabajos sobre Francia e Italia. La cuarta, “Europa periférica”, abarca a Portugal, Bulgaria y Finlandia. La quinta y última, “economía desarrollada en Asia y América Latina”, examina los casos de Argentina, Taiwán y Japón. La diversidad de regiones, temas, metodologías y marcos teóricos hacen imposible un recuento detallado de los múltiples aportes de cada autor y el valor historiográfico de cada contribución individual. Sin embargo, quisiera detenerme en algunos puntos que considero relevantes para consolidar cada sección.

Al enfocarse en las economías desarrolladas de Estados Unidos, el Reino Unido y Alemania, la primera sección cubre íntegro del siglo xx (1896-2010), centrándose en los declives y transformaciones que marcaron el derrotero de redes corporativas en algunas de las economías más hegemónicas del orbe. En el caso de Estados Unidos, Todd Schifeling y Mark Mizruchi buscan explicar el origen del declive de la densidad de las redes corporativas –proceso acelerado luego de 1982– ateniendo a la erosión de la posición de instituciones bancarias dentro del esquema de producción capitalista, la creciente desregulación económica y el surgimiento de “instrumentos financieros alternos” (p. 43). El mismo sector bancario financiero es objeto de interés para Todd Schnyder y Mark Wilson, sector que representó un papel central en el Reino Unido luego de la Segunda Guerra Mundial y cuya transformación y declive también ha infringido cambios importantes en la densidad y composición de las redes corporativas británicas. En el caso de

Alemania, Paul Windolf arguye que a medida que los bancos germanos giraron hacia el rubro de banca de inversión, en desmedro de su presencia institucional en juntas directivas de corporaciones –menguando lo que él llama “interdependencias funcionales”–, las redes corporativas alemanas se debilitaron (p. 80).

La segunda sección cumple también con cubrir el íntegro del siglo pasado en la historia económica de tres países con tradiciones financieras de menor envergadura. Gerarda Westerhuis pone sobre el tapete la “persistencia” de la densidad del modelo corporativo holandés, cuyo declive, a diferencia de los casos estudiados en la sección previa, solamente empezó a inicios de este siglo. Al explicar esta diferencia sustancial, vuelve a hacer hincapié en el papel de las instituciones bancarias. Los bancos holandeses, a diferencia de otros, mantuvieron una presencia consistente “incluso cuando estuvieron menos conectados con firmas manufactureras” a través de la continua provisión de créditos (p. 104). El caso suizo, acaso de los más paradigmáticos en términos de su historia financiera y bancaria, vuelve a revelar resultados similares. Stephané Ginalski, Thomas David y André Mach revelan los estrechos y recíprocos vínculos entre el sector bancario e industrial –reforzados luego de la partida de financieras alemanas después de la Primera Guerra Mundial– cuya erosión solo empezará luego de 1980. El sector bancario en el caso de Austria, como explica Philipp Korom en uno de los estudios mejor contextualizados históricamente de todo el volumen, estuvo representado por el Creditanstalt (CA), institución cuyo derrotero encarna una historia económica de agresivas nacionalizaciones –incluyendo los desafíos de la ocupación nazi– y la ulterior des-estatización de la economía austriaca como parte de las transformaciones globales del neoliberalismo.

La tercera sección vierte muchas más ideas sobre el ambivalente papel del Estado como agente económico en la conformación de redes corporativas. Para el caso francés, Pierre François y Claire Lemercier hacen énfasis en la singularidad de la creación de monopolios estatales que han permitido una mayor persistencia, al menos cualitativa, de su modelo corporativo. Bajo el rótulo de “lógica de estatus” (p. 152), término prestado de Joel M. Podolny, los autores explican cómo firmas de cierto “perfil” se asociaban exclusivamente entre ellas –grandes con grandes, pequeñas con pequeñas– permitiendo una mayor cohesión de las redes corporativas e incentivando la creación de puentes institucionales que conectasen corporaciones de diferentes envergaduras. Alberto Rinaldi y Michelangelo Vasta acusan la persistencia de la participación estatal en redes corporativas, a través de empresas de propiedad estatal (SOE, por sus iniciales en inglés), como causa de una considerable pérdida de eficiencia económica y un deterioro más temprano –comparado con otros países– de las redes corporativas nacionales.

En Portugal, el *Estado Novo* modificó los principios que gobernaban las redes corporativas desde inicios del siglo xx –principios regidos por una suerte de modelo federativo que movilizaba a instituciones de diferente calibre– promoviendo y afianzando lazos institucionales al interior de grupos de negocios. A medida que estos grupos de negocios tomaban las riendas de las redes corporativas, según concluyen Álvaro Ferreira Da Silva y Pedro Neves, las redes corporativas se hicieron más segmentadas, convirtiendo al sector bancario en una mera herramienta de dichos grupos y deteriorando la densidad de las redes en su conjunto. En Bulgaria, las elites comerciales también se aglutinaron con una eficiencia comparable a la de “economías entonces desarrolladas”, tomando

control de las redes corporativas y marcando la emergencia de un “gerencialismo” (p. 230). Matin Ivanov y Georgi Ganev muestran, asimismo, que dichas elites económicas sucumbieron luego de la caída del comunismo, lo que conllevó al deterioro de la conectividad económica corporativa en su conjunto. En Finlandia, el círculo de empresas que controlaba la mayoría del sector comercial nacional era mucho más limitado todavía. Susanna Fellman, Kari-Matti Piilahti y Valtteri Härmälä diseccionan las redes corporativas de este país hasta llegar a grupos familiares que actuaban como ejes de conectividad entre sectores industriales y financieros. A medida que Finlandia abrazaba una economía de libre mercado agresiva y los intereses de capital se tornaban más transnacionales, la “densidad” de las redes corporativas también decayó.

Argentina se incluye dentro de los países donde la instauración de una economía de libre mercado fue marcadamente agresiva y con consecuencias sociales próximas al descalabro. Andrea Lluch y Erica Salvaj dan cuenta del derrotero corporativo argentino, remarcando que su erosión también supuso la destrucción del “capital social” de dichas corporaciones (p. 271). Adicionalmente, el Estado argentino como operador económico, bien sea como agente centralizador o catalizador principal de la desregulación de la economía, fue capaz de infringir cambios duraderos en el carácter de los grupos de negocio, afectando de igual forma los lazos entre estos grupos y el gobierno, y remanufacturando el conjunto de las redes corporativas en este país. En Taiwán, las redes corporativas estuvieron constreñidas tanto por estructuras sociales como por otras de naturaleza cultural, particularmente algo que Zong-Rong Lee y Thijs A. Velema llaman “familismo” (p. 276). El gobierno chino y la administración colonial japonesa de Taiwán operaron controles efectivos y eficientes dentro de las redes corporativas a través de lazos íntimos con personajes claves dentro de grupos empresariales. Finalmente, las densas redes corporativas en Japón tuvieron un mayor protagonismo de parte de grandes inversionistas privados que de *zaibatsu*, aquellas grandes empresas niponas que forjaron la economía de preguerra. La Segunda Guerra Mundial supuso un evidente punto de quiebre en la historia económica de Japón. Según Satoshi Koibuchi y Tetsuji Okazaki, el escenario de posguerra desplazó tanto a los grandes inversionistas como a los *zaibatsu*, colocando a los bancos en el antiguo papel de los grandes sectores industriales. Sin embargo, el sector bancario fue incapaz de generar lazos y redes corporativas y Japón también terminó sucumbiendo al deterioro general de su poder corporativo.

Independientemente de lo ilustrativo de cada investigación individual, tanto para el lector especialista como para los que no lo son, el volumen en su conjunto evidencia fallencias no menores, en la forma y en el fondo. Primero, la estructura de las secciones que agrupan los capítulos dificulta un entendimiento transversal de los temas propuestos por los editores. Lejos de eso, el esquema empleado aísla y jerarquiza cada región y cada estudio, imposibilitando ver el valor epistemológico de un ejercicio mínimamente comparativo. En este sentido, yuxtaponer quince estudios disímiles y diferentes en su disciplina y metodología no convierte a ningún volumen, de manera automática, en una “perspectiva comparativa”, ni mucho menos histórica. La investigación histórica comparativa, en sus esfuerzos por proveer respuestas a complejidades y vacíos imposibles de abordar por la casuística, ha desarrollado un aparato metodológico subdisciplinar relativamente riguroso, bien sea enfocado en casos o variables. Uno de los pasos fundamentales para el éxito de ejercicios del primer tipo tiene que ver con el rigor en la selección de casos. Salvo

error por omisión, el volumen nunca ofrece una justificación explicada y debidamente sostenida sobre el por qué se optó por estos estudios específicos. El lector termina con la sensación de que el texto es el resultado de una aglomeración aleatoria de esfuerzos, más que un ejercicio preciso de ingeniería editorial. Finalmente, la calidad de la presentación de los artículos es, al menos, dispar. Hay capítulos muy bien logrados y otros, en cambio, que parecen reportes de hallazgos preliminares –relativamente abundantes en la provisión de evidencia empírica, pero muy limitados en ofrecer un análisis profundo y persuasivo.

En suma, este nuevo volumen de la colección Routledge International Studies in Business History debe llamar la atención del lector especializado, en particular aquellos interesados en la historia empresarial del siglo xx y la historia del capitalismo. La aridez de algunos de sus capítulos hace difícil que la compilación, en conjunto, pueda tener un uso eficiente dentro del aula, aunque los estudiantes de posgrado pueden beneficiarse de la lectura de las contribuciones más prolifas. Estos aspectos, sumados al ostensible precio de *The Power of Corporate Networks*, contribuyen a que se apile en los estantes de bibliotecas de todo el mundo, bibliotecas que parecen ser el principal mercado de algunas publicaciones.

JAVIER PUENTE

Instituto de Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile

Silvia DUTRÉNIT BIELOUS, *Aquellos niños del exilio. Cotidianidades entre el cono Sur y México*, México, Instituto Mora, 2015, 454 pp.

En los años setenta del siglo xx se instalaron en varios países de América Latina dictaduras militares que usaron toda la fuerza del Estado para reprimir a sus opositores. En Argentina comenzó en 1976 y duró siete años, en Uruguay doce años (1973-1985), Chile tuvo una de las más largas (1973-1990) superada solo por la brasileña. El resultado humanitario de estos procesos históricos fue dramático: miles de presos políticos desaparecidos, víctimas de prisión y tortura en centros de detención clandestinos, ejecutados políticos, proscripción de los partidos políticos, anulación de las garantías más elementales y miles de exiliados.

México se caracterizó por abrir sus puertas al amplio grupo de perseguidos políticos que provenían del cono Sur. El exilio, “fue y es una realidad latinoamericana constante. Ha sido y es la experiencia de grandes figuras célebres de la región y también de miles y miles de desplazados desconocidos para la Historia con mayúsculas. De la misma manera, se ha manifestado como un instrumento de control político usado por gobiernos autoritarios para expulsar o forzar la salida de la disidencia política y de las voces críticas”³. El

³ Marina Franco y Hernán Topasso, “El exilio en América Latina, nuevos casos y problemas”, 2011, disponible en www.pacarinadelsur.com/home/editorial/358-el-exilio-en-america-latina-nuevos-casos-y-problemas [fecha de consulta: 13 de diciembre de 2016].

exilio asociado con la huida, la pérdida de espacios físicos y afectivos, implica la salida forzosa del país de origen, al cual nunca se sabe con certeza cuando será posible regresar.

La historiografía sobre el exilio en México es prolífica, en tanto “país refugio”, que acogió a miles de españoles que tuvieron que dejar su país a causa de la guerra civil y recibió a un enorme contingente de exiliados del cono Sur. Sus actividades en México, sus procesos de aculturación y las formas en que se insertaron a la sociedad mexicana, así como muchas otras temáticas en torno a estas experiencias han sido estudiadas con profundidad por diversos académicos. Los estudios sobre los exilios generados por las dictaduras del cono Sur se concentraron en narrar la historia de los adultos en tanto se consideró que eran ellos los principales actores del cambio social y las principales víctimas de la represión de Estado. Sin embargo, dentro estas investigaciones, muy pocos se han preguntado por un grupo numeroso de estos exiliados: los niños.

En este libro se estudia la participación de los niños sudamericanos exiliados en México. La autora se interroga por las formas en que los niños experimentaron las vivencias del exilio. ¿Qué sintieron? ¿Cómo fueron sus mecanismos de adaptación? ¿Cuáles sus angustias y alegrías? ¿Cuáles fueron sus espacios de sociabilidad? Además, se interesa por una generación. De tal manera, se rescata la historia de aquellos niños que fueron producto del exilio y se incluye tanto a los que migraron forzosamente con sus padres y llegaron a México siendo pequeños, como también los que nacieron en ese país. La propuesta metodológica es acercar el micrófono a las voces adultas y rescatar en ellas las memorias de infancia y la resignificación que dieron a su exilio décadas después. Así, se convierte a los testigos de los acontecimientos en testimoniantes, en actores centrales de la historia, en sujetos con voz y con participación. Se les traslada de la marginalidad historiográfica en la que habían permanecido y se les coloca en la primera línea de la narración histórica. Aquellos niños, entonces, se convierten en esta publicación en los personajes principales de la historia del exilio.

En este trabajo se encuentran relatos que oscilan entre la biografía y la autobiografía. Silvia Dutrénit utiliza el recurso biográfico para convertir a sus sujetos no solo en actores sino en fuentes de información relevantes. En tanto el planteamiento es historizar la memoria, el libro invita a pensar cómo recuerdan los adultos su infancia, cómo el tiempo permite un reprocesamiento de los conflictos, cómo las historias trágicas determinan el curso de las vidas. Varias preguntas atraviesan los testimonios rescatados por la autora: ¿Qué pasa con las familias cuando sufren el desgarramiento del destierro? ¿Cómo se siente ser “diferente” en escuelas, barrios y en un país al que se llega? ¿Cómo se construyen las subjetividades?

Asimismo, presenta trece historias individuales de chilenos, argentinos y uruguayos vinculadas por una situación histórica compartida: el exilio en México. Las vidas individuales de ocho mujeres y cinco hombres, pero también de los sujetos con los que convivieron en sus países de origen y en México, ofrecen relatos sobre un pasado, fragmentos de la historia que vivió Latinoamérica, incluyendo historias de amor, desamor, destierro, miedo, nostalgia y angustia. La mirada que ofrece tiene un poderoso sesgo intimista, los personajes se abren al público y develan lo que los individuos sienten respecto a la tierra de nacimiento, a la comida, a las palabras, a los amigos. El lector accede a una historia

polifónica, de un presente-pasado compartido que signa experiencias, afectos y emociones.

Estas trece vidas individuales recrean también aspectos de la historia regional, nacional y familiar. Es también una historia de “los otros”, de los que acogieron o rechazaron a los exiliados, de los comportamientos frente al exilio, al extranjero, a los niños y a los adultos. Si una sensación común aparece entre los entrevistados, es la de que su condición los hacía “diferentes.” La alteridad se expresa tanto para mexicanos como para sudamericanos. Todos expresan al “otro”, los que se diferenciaban por el acento de sus voces, por el color de su piel o por su desconocimiento de la música, los juegos o la comida. El ser o el no ser fue parte fundamental de la inserción de los exiliados en México. Mientras “tú no eres mexicana” era algo que escuchaba Laura, que había nacido en este país pero era hija de argentinos; a Mariano Marcone, que nació en Argentina, cuando volvió a su país de origen los argentinos le decían “tú eres mexicano”. Este ser/no ser lo explica Natalia Bruschtein así: “sigo siendo una extranjera muchas veces, aunque ya tenga nacionalidad mexicana... y no soy güera...” y “en Argentina también soy extranjera, porque en Argentina no tengo los códigos” (p. 115). La identidad parece concentrarse, precisamente, en el conocimiento de los códigos y su interiorización o apropiación. ¿Qué significaba para los mexicanos ser mexicanos? ¿Qué generaba en los niños exiliados una sensación de falta de aceptación? “No ser de aquí ni de allá: ser de los dos lados,” decían algunos. “¿Por qué no podemos ser de varios lados?”, se preguntan otros. “Decidir de dónde es uno es muy difícil” dice Mariano (p. 56). “Mi lugar es donde está la gente que yo quiero” dice Natalia (p. 115). Ignacio Plá también recuerda esa alteridad fijada por el color de piel, en un país dominado por la pigmentocracia: “siempre fue el extranjero, siempre fui el güero”. Siempre fuimos “los güeros [...] A pesar de que esa condición tiene, por desgracia, sus beneficios, también genera muchos problemas en otros sentidos” (p. 377).

Se evidencia aquí el poderoso efecto identitario que tiene el lugar de nacimiento, tanto para los que están como para los que llegan. Como si la tierra dotara de características a los seres humanos, como si las muchas veces fortuitas coordenadas geográficas del lugar de nacimiento implicaran en los individuos un conjunto de valores, principios, amores y características. En relación con esto sucedía algo interesante entre los niños exiliados. Ellos elaboraban estrategias de defensa ante la violencia que implicaba la exclusión. Natalia recuerda que su estrategia era “hablar como mexicana, no quería que se notara que yo no era mexicana” (p. 111), pero en Argentina hablaba como argentina. Varios testimonios relatan estrategias similares relacionadas con el lenguaje, con las formas de ocultar lo que se era para presentarse al otro y encontrar la aceptación.

Entonces, en este libro, los niños no aparecen solo como víctimas de la violencia de Estado o del exilio sino como actores capaces de elaborar estrategias y mecanismos de resistencia ante situaciones nuevas y difíciles. Los niños se erigen como actores relevantes en las decisiones familiares. Aunque hay padres y madres que toman determinaciones como regresar a sus países de origen sin consultar con los hijos, a quienes a veces ni siquiera han contado su historia familiar, otros someten a consulta familiar si se quedan en México o regresan. Los testimonios dan cuenta que muchas veces son los niños los que se empeñan en quedarse o en regresar, y que sus opiniones son tomadas en cuenta e,

incluso, llegan a ser determinantes. En el caso de Valentina Ramírez, por ejemplo, cuando se dieron las condiciones políticas para regresar a Chile, su madre le preguntó si quería regresar y la pequeña niña dijo: “no mamá, ya te vas sola. Ya. No quiero mas, no me quiero mover mas ya” (pp. 227-228) Y señala: “Porque algo que de niña me pesó mucho fue esa falta de raíces: siempre era un volver a hacer amigos, volver a acostumbrarte a acentos diferentes. Cuando llegaba a un lugar agarraba el acento rapidísimo, porque había una necesidad de integrarme y de no ser la niña diferente” (p. 243).

¿Qué era ser mexicano, uruguayo, chileno o argentino? Los testimonios aluden a niños que habían sido educados en la música infantil de la argentina María Elena Walsh, y que llegaban a un mundo en el que otros niños cantaban las canciones del negrito bailarín o la pobre muñeca fea del músico mexicano Cri-Cri. Estos niños no lograron, por ejemplo, probar las delicias de la comida mexicana, sino una vez que alcanzaron la adolescencia y tuvieron la oportunidad de estar fuera de casa. Para ellos el fútbol mexicano los sumió en el peor de los conflictos identitarios, pues habían crecido en la defensa de una camiseta de un país que los había expulsado, pero que era parte de su historia. De tal forma, cualquier partido donde jugara México contra Uruguay, contra Argentina o contra Chile no traía más que angustia. El fútbol aparecía como otro más de los definidores de la identidad nacional.

De tal forma, muchos de estos niños terminaron por formar microcomunidades en los lugares donde vivían o en las escuelas a las que asistían. Ahí, se reunían con otros niños exiliados, y encontraban acercamientos, lugares comunes, sentimientos de pertenencia a un grupo infantil determinado por el desarraigo de sus lugares de origen. En ese sentido, las biografías reconstruidas por Silvia Dutrénit, si bien muestran la particularidad de cada vida, también exponen cómo esas vidas confluyeron en un colectivo de niños y adultos y cómo a partir del exilio los niños fueron capaces de conformar sociabilidades infantiles propias a través del juego. Los juegos o la escuela, fueron parte fundamental de las sociabilidades infantiles y elementos centrales en la unión de los niños mexicanos con los exiliados.

“El exilio pesa,” dice Analía Ferreyra, nacida en México, pero con nacionalidad uruguaya. Y en esa situación la familia, que quedó disgregada, separada por miles de kilómetros, debe reconstituirse. Los exiliados forman nuevas formas familiares, familia, la reconstruyen, las amplían con los vecinos, los amigos, los otros exiliados. El “primo” y el “tío” aparecen en los testimonios construidos por Silvia Dutrénit como conceptos integradores que se reutilizan para sumar y hacer más grande el núcleo familiar. “En el momento en que mis padres decidieron quedarse aquí, empezaron a hacer relaciones de amistad muy, muy estrechas, que de alguna manera sustituyeron a la familia. Por eso tengo muchos tíos y primos postizos: eran amigos argentinos que también vinieron en esa época; mexicanos también, y de otras nacionalidades. Y entonces yo recuerdo eso, una gran familia de tíos y primos postizos, con la que crecí”, dice Laura Furlán (p. 44). “Al llegar a México no teníamos más familia que nosotros cuatro. Por ello, los amigos de mis padres pasaron a ser parte de mi familia, se constituyeron en mis tíos de hecho. Eso fue y es muy importante en mi vida. Nunca tuve a mis abuelos, a mis tíos o a mis primos cerca, como yo hubiera deseado. Así que los amigos de mis padres eran mis tíos y sus hijos mis primos,” explica Mariano Marcone (p. 71).

Las historias infantiles rescatadas por Silvia Dutrénit reiteran que todos somos historia, que nuestras voces valen, que pueden y deben ser rescatadas. Los testimonios reunidos permiten trazar una historia transnacional, en la que pueden observarse mixturas y sincretismos culturales en relación con el lenguaje, la comida, los juegos, los hábitos y los comportamientos. Asimismo, el libro evidencia la participación de los niños, su agencia, su posibilidad de tener opiniones, de expresarlas, de defenderlas, aun siendo víctimas de procesos dramáticos que los expulsaron de sus lugares de origen. Esos niños tuvieron la capacidad de construir rápidamente una nueva vida en México elaborando los desarraigos y fracturas emocionales y asimilando nuevas tradiciones y relaciones en el país receptor. En suma, este novedoso libro rescata testimonios de actores invisibilizados y nos muestra nuevas miradas para observar la realidad latinoamericana, para pensar las identidades como procesos fluidos, porosos y cambiantes.

SUSANA SOSENSKI

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

JOAQUÍN FERMANDOIS, *Historia, ideas y políticas. El fin del viaje y otros ensayos y estudios*, Santiago, Instituto Republica, 2016, 397 páginas.

El autor de este texto de crítica histórica fue alumno del historiador Joaquín Ferman-
dois, en el seminario de Historia Contemporánea, Pontificia Universidad Católica de
Valparaíso en el año 1981, cuando cursaba la Licenciatura y Pedagogía en Historia y
Geografía. En ese entonces lo esencial del presente volumen, la teoría histórica sobre el
totalitarismo⁴ y la narrativa de Ernst Jünger⁵, eran presentadas por el autor como un *leit-
faden* para el estudio de la Historia Contemporánea. En este punto Ferman-
dois, como siempre lo ha indicado, es tributario del pensamiento historiográfico de Mario Góngora
y Ernst Nolte, tal vez los dos historiadores conservadores más destacados en sus respec-
tivas culturas continentales.

El estudio de Ferman-
dois es una miscelánea de Historia Contemporánea que recoge
escritos que pueden clasificarse como ensayística-histórica, histórica-política, histórica
del pensamiento político, histórica-literaria e histórica de la Iglesia. Desde esta pers-
pectiva el texto implica una epistemología histórica –cómo conozco–; una metodología
–cómo pesquise–, concretamente una lingüística histórica como teoría del discurso his-
tórico –fuentes– y del discurso historiográfico –textos–; finalmente, una didáctica histó-
rica –cómo enseñó–, aunque esta última menor en el estudio, sí implícita en la totalidad
del texto.

⁴ Joaquín Ferman-
dois, *La noción de Totalitarismo*, Santiago, Editorial Universitaria, 1979.

⁵ Joaquín Ferman-
dois, *Política y transcendencia en Ernst Jünger 1920-1934*, Santiago, Editorial Andrés
Bello, 1982.

El totalitarismo es uno de los procesos nucleares de la Historia Contemporánea. Su origen se encuentra en la revolución bolchevique (болшеви́стская революция) 1917 (octubre-noviembre), en el terror rojo (красный террор), la creación de una policía política: CHEKA, GPU, OGPU, NKVD, KGB, la creación de un sistema penitenciario basado en los campos de concentración de trabajo forzado y de exterminio, sistema conocido en Occidente como GULAG a partir de la novela homónima de Alexander Solzenitzhin⁶, la creación de la URSS (советский союз) (1922), sistema que finaliza con la disolución de la URSS por el Tratado de Belavezha (1991). Los estudios sobre el totalitarismo que considera Fermandois se refieren específicamente al totalitarismo soviético. Así, Carl J. Friedrich⁷, Hanna Arendt⁸ y Karl Popper⁹. Para estos autores el terror político constituye la esencia del Estado totalitario soviético. En líneas generales, el autor asume las interpretaciones de los pensadores señalados, pero extiende el concepto de totalitarismo a la experiencia política del régimen nazi alemán. En este punto basa su argumentación en los escritos de su maestro Ernst Nolte. En efecto, fue él quien señaló que tanto la experiencia totalitaria soviética como la nazi tienen elementos comunes fundamentales¹⁰. Fermandois reitera este argumento cuando señala: “Si ambos regímenes están basados en una ideología totalitaria, muy bien podrían responder a un padrón básico común” (p. 38). Sin duda, a pesar de la presunción del marxismo de considerarse un pensamiento crítico que supera la ideología –esta última en el sentido de Karl Marx como falsa conciencia y enajenación– la experiencia soviética y los escritos de Lenin y Lev Trotsky –terror rojo, lucha de clases, exterminio de la burguesía, campos de concentración– evidencian una afinidad esencial con la ideología nacionalsocialista. Ernst Nolte avanzará sobre esta hipótesis llegando a sostener que el GULAG ruso antecede al Auschwitz germano¹¹. Esta tesis generó una ácida controversia en Alemania (1986) conocida como Historikerstreit¹². La izquierda estuvo representada por Jürgen Habermas. La descalificación ideológica que se hizo de la obra de Ernst Nolte contó, además, con una bien montada estrategia comunicacional en la prensa europea¹³. Las reformas de Mijaíl Gorbachov –perestroika– estaban su momento culminante. Tres años después cayó el muro de Berlín (1989), luego se reunificó Alemania (Tratado Zwei-Plus-Vier: 1990) y, finalmente, se disolvió la URSS (Tratado de Belzhava, 1991). La apertura de los archivos estatales de la ex-URSS, y sobre todo el acceso a los archivos íntegros de la STASI, corroboraron la hipótesis de Ernst Nolte. Más todavía, el mismísimo Markus Wolff –el espía sin rostro– jefe de la STASI, describe con detalle en sus memorias la

⁶ Alexander Solzhenitsyn, *Archipiélago Gulag*, Barcelona, Tusquets, 2015.

⁷ Carl Joachim Friedrich, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1965.

⁸ Hanna Arendt, *Los orígenes del Totalitarismo*, Madrid, Editorial Taurus, 1998.

⁹ Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2010.

¹⁰ Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y Bolchevismo*, México, FCE, 1996.

¹¹ Ernst Nolte, *Después del Comunismo*, Barcelona, Ariel, 1995.

¹² Ernst Nolte, *Das Vergehen der Vergangenheit. Antwort an meine Kritiker im sogennanten Historikerstreit*, Berlin, Ullstein, 1988.

¹³ Mathias Brodtkorb (ed.), *Singuläres Auschwitz? Ernst Nolte, Jürgen Habermas und 25 Jahre "Historikerstreit"* (Adeborverlag), Adebor Verlag, Banzkow 2011

estructura del sistema carcelario del GULAG soviético¹⁴. Sin duda fue Mijaíl Gorbachov el que abrió el debate sobre el GULAG en la sociedad soviética¹⁵. Si los campos de concentración nazi significaron el exterminio de millones de personas, especialmente judíos –Shoa, Holocausto–, el Estado totalitario soviético llevó a cabo el mismo procedimiento de exterminio, por ejemplo, en Ucrania en la década de 1930 (“holocausto de Holodomor”), en cual murieron por hambre –la modalidad de exterminio favorita de Iósif Stalin, aproximadamente siete millones de ucranianos¹⁶.

A la luz de estos datos que emanan de los archivos de los Estados del exbloque soviético, es necesario revisar la teoría del totalitarismo. En 1998 se publicó el estudio más detallado del sistema carcelario del totalitarismo comunista¹⁷. La mayoría de sus autores fueron militantes de izquierda o culturalmente adherían a dicha ideología. A la reacción destemplada y pasional frente a la interpretación de Ernst Nolte, la izquierda mundial mantuvo un silencio cómplice ante los hechos irrefragables del *Libro negro del comunismo*. Una expresión acabada de la “espiral del silencio”¹⁸.

Los dos artículos sobre George Orwell son, a mi juicio, uno de los tópicos más logrados de la labor historiográfica de Fernandois como especialista en Historia Contemporánea. Con ellos el autor amplía la epistemología historiográfica al incorporar el texto literario ficcional –novelística– como fuente de conocimiento histórico para el estudio del totalitarismo. El autor señala que la obra literaria puede ser considerada como discurso de un pensamiento político. Desde esta perspectiva la *interpretatio* de Fernandois es congruente con la propuesta de la crítica literaria de Terry Eagleton¹⁹ y Fredic Jameson²⁰. Orwell, según el autor, constituye la figura del intelectual comprometido con el proyecto de la revolución bolchevique, pero que se desengaña a partir de la praxis revolucionaria misma, trasformando, de este modo, su creación novelística en crítica política del Estado totalitario. La Historia de la Literatura es fecunda en los casos de escritores comprometidos con un proceso político, luego críticos para, finalmente, convertirse en adversarios de las ideas que defendieron y justificaron en todos sus excesos en un principio. El escritor británico representa un caso singular, pues mientras la mayoría de los intelectuales –escritores– adhirieron al marxismo y justificaron la Revolución bolchevique y el Estado totalitario, y luego otros devaneos ideológicos como el pacto franco-soviético (1935), que creó el Frente Antifascista, hasta el Pacto Nazi-Soviético de 1939, permaneció atento a la evolución del proceso de construcción del comunismo. Su desengaño fue casi inmediato, lo que constituye su caso una singularidad, ya que un número significativo de conspicuos intelectuales occidentales optaron por una posición ambigua. La complicidad de los intelectuales de izquierda, cuando no cinismo, se da

¹⁴ Markus Wolff, *Spionageheft im geheimen Krieg. Erinnerungen*, München, Econ & List, 1997.

¹⁵ Anne Applebaum, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Madrid, Debate, 2004

¹⁶ Anne Applebaum, *Red famine. Stalin's war on Ukraine*, New York, Knopf Doubleday Publishing Group, 2017.

¹⁷ AAVV, *El libro negro del comunismo: crímenes terror y represión*, Barcelona, Espasa-Calpe/Planeta, 1998.

¹⁸ Elizabeth Nöelle-Neuman, *La espiral del silencio*, Barcelona, Paidós, 1995.

¹⁹ Terry Eagleton, *Una introducción a la teoría literaria*, Madrid, FCE, 1993.

²⁰ Fredic Jameson, *El Realismo y la novela providencial*, Madrid, Editorial Circulo de las Bellas Artes, 2006.

con el caso del Pacto Nazi-Soviético Por este pacto del demonio –Teufelspakt– Adolf Hitler y Iósif Stalin fueron aliados entre 1939 y 1941 en la guerra mundial, y como socios se repartieron Europa. Alemania invadió parte de Europa Occidental y Oriental, y la Unión Soviética se anexó las repúblicas bálticas, Polonia y parcialmente Finlandia. El comunismo internacional guardó silencio sobre este pacto. Incluso, llegaron a sostener que era parte de la propaganda anticomunista de los nazis. El historiador francés François Furet ha estudiado con detalle las sinuosidades del comunismo en la década de 1930²¹. Ahora bien, el mérito de Orwell fue superar esta estrategia comunista de la mentira política, y poner en evidencia a través de su novelística el sello totalitario y criminal de la ideología comunista.

“El escritor contra el Leviathán” es el título del primer escrito de Fernandois sobre el escritor británico. Cabe preguntarse: ¿por qué demoró tanto tiempo dicha intelectualidad de izquierda, o más concretamente los escritores occidentales, en denunciar las atrocidades cometidas por el régimen staliniano, ya no contra los enemigos de clases, sino contra los mismos revolucionarios, como en los casos de Nikolái Bujarin y Lev Trotsky? Tal vez está en la esencia misma de la ideología, cualesquiera que sean sus fundamentos doctrinales, llevar a sus adherentes hasta la propia enajenación. El caso emblemático lo representa Trotsky, pues concibió y creó la institucionalidad del “terror rojo”. Su obra: *Terrorismo y comunismo* (1920) es un manual de historia sobre las prácticas terroristas conocidas de las revoluciones modernas, que sirvió de modelo a la institucionalidad comunista, desde la CHEKA hasta la KGB. Fue víctima del terror que él mismo creó. Al denunciar los crímenes de Iósif Stalin y la parodia de justicia de los Procesos de Moscú (1936-1938), lo culpó junto a sus secuaces, mas no a la ideología comunista. Pero hay algo más que valida la hipótesis de Nolte-Fernandois de los fundamentos ideológicos comunes del comunismo y nazismo. En su denuncia, compara el terror staliniano y los métodos de la NKVD con los de la GESTAPO nazi²².

El trotskismo o IV Internacional, luego del asesinato de su líder (1941), repite el mismo argumento: la culpa es de Iósif Stalin y no del comunismo. Peor todavía. La comisión internacional, que fue convocada para estudiar el “caso Trotsky”, presidida por el célebre filósofo estadounidense: John Dewey (“Comisión Dewey”), sostiene el mismo argumento. George Orwell es un uno de los poquísimos escritores de la época que denuncia las atrocidades, rompe con el comunismo y formula un discurso literario crítico. En este último punto se podría decir que este escritor formula una auténtica estética de la libertad. Observó durante la Guerra Civil española (1936-1939) el terrorismo rojo de la CHEKA que operaba en España. Esta experiencia fue la que gatilló su crítica en contra del Comunismo. Otros, en cambio, como Marina Tsvetaeva (1941), Vladimir Maiakovski (1930) y Cesare Pavese (1950), todos militantes comunistas, se suicidaron. El segundo artículo sobre Orwell trata de la relación entre lenguaje, poder y consciencia. Fue precisamente la Escuela del “Formalismo ruso” (Viktor Shklovski), la que destacó la autonomía de la estructura literaria –“literaridad” (Roman Jakobson) del texto– por encima de

²¹ François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, México, FCE, 1996.

²² León Trotsky, *The Moscow Trials*, disponible en: www.trotsky.net

la subjetividad y los factores sicolingüísticos de la consciencia. Según Fernandois: “El vió –George Orwell– claramente que el totalitarismo no consistía más que en llevar a su extremo absurdo una cierta lógica inherente a todo lenguaje de la política. Por lo demás cada régimen tiene su propio lenguaje, cada sistema político se alimenta de una semántica particular, una escritura que lo define” (p. 95). La Revolución bolchevique fue, sin duda, un proceso comunicacional. Lenin y Trotsky, como en el siglo XIX Karl Marx, se ganaron la vida parcialmente como periodistas. Parte de los escritos de los padres de la revolución de 1917 están redactados en un estilo periodístico combativo, de diatriba, de denuncia. Una detallada expresión de la ideología se encuentra en las columnas de ambos revolucionarios en las editoriales y artículos publicados en *Pravda*, diario fundado por Trotsky. Tanto la narrativa novelística como la política implican una semántica y una pragmática. Esto forma la estrategia comunicacional. En el caso del comunismo soviético fue una virtud excelsa la estrategia comunicacional de la mentira como principio rector de la política. Esta estrategia confunde, intimida y paraliza a los adversarios y enemigos. Los cargos contra los enemigos del pueblo, la denuncia del imperialismo, la denostación permanente de la IV Internacional y de los socialdemócratas, el uso del término ‘fascismo’, ha sido la estrategia comunicacional de los comunistas para establecer una hegemonía ideológica, incluso, moral como “legítimos” y “exclusivos” custodios y exegetas de los textos sagrados del marxismo. La obra de Orwell desmonta la estructura lingüística del discurso comunista –semántica, pragmática– y la pone en la perspectiva de la narrativa literaria como pensamiento político y crítica social. La senda abierta por Orwell, al establecer la intertextualidad entre la narrativa ficcional –novelística– y la narrativa real –política–, ha sido transitada con éxito en América Latina por Mario Vargas Llosa, Roberto Bolaño y Roberto Ampuero. Todos comenzaron como militantes de la ideología revolucionaria comunista cubana. Luego, el exilio propio y ajeno, y los procesos de derrumbe del comunismo soviético convirtieron la obra narrativa de estos autores en pensamiento político crítico del totalitarismo y, a la vez, una propuesta liberal.

Los capítulos dedicados al conservadurismo, reforma y revolución, el pensamiento de Hannah Arendt y de Juan Pablo II, las crisis históricas todos explicativos de la crisis histórica del siglo XX, son reflexiones desde la perspectiva de la historia del pensamiento para comprender la dinámica de algunos procesos sociales del siglo XX. Entre ellos destacamos el capítulo sobre Hannah Arendt: la pensadora alemana que representa la visión crítica, hasta cierto punto feminista, de la política contemporánea. Una de las características del pensamiento político contemporáneo es la irracionalidad²³. Que eso fueron las ideologías principales del comunismo y del nazismo, lo evidencian extensamente sus escritos. Esta autora es parte de la generación de pensadoras alemanas-judías de la primera mitad del siglo XX: Edith Stein, Rosa Luxemburg y Ana Frank. A excepción de ella, que termina exiliada en Estados Unidos, las otras escritoras terminan asesinadas (Rosa Luxemburg) y en los campos de concentración nazi (Ana Frank, Edith Stein). Fernandois realiza una sumaria, pero lograda síntesis del pensamiento arendtiano y su

²³ Kurt Sontheime, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*, Nymphenburg, Verlagshandlung 1962; Karl Bracher, *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Stuttgart, DVA, 1982.

difícil relación con el sionismo, aunque discrepamos aquí de su interpretación sobre este último tema. Si bien Hannah Arendt tuvo una relación compleja con las autoridades de Israel, siendo el punto culminante de las mismas el juicio contra Adolf Eichman²⁴, lo cierto es que tuvo clara conciencia de la diáspora (golá) judía y de su compromiso con el sionismo. Conoció en profundidad la obra de Theodor Herzl²⁵. Y no es difícil espigar de su obra algunos textos muy cercanos a la esperanza (Hatikva) del himno nacional de Israel (Eretz Tsion v' Yerushalayim). El vínculo entre Hannah Arendt y Martin Heidegger, su maestro y amante, es descrito por Fernandois con una sutil plasticidad. Los enredos sentimentales entre profesores y alumnas, profesoras y alumnos y, por cierto, los vínculos intragenéricos, son parte de la existencia de la academia. La relación Arendt-Heidegger trasciende por el significado de ambos amantes en la historia intelectual del siglo xx. Es parte, a la vez, de lo incomprensible de la ideología racial nazi. No se explica desde dicha ideología la relación entre el maestro germano y su discípula judía alemana. Otro punto discutible de la interpretación de Fernandois es la condición de Hannah Arendt como la más destacada pensadora –genéricamente– de la filosofía alemana del siglo xx. Tal vez la misma condición o incluso mayor a la de Hannah Arendt, la tiene Edith Stein, la discípula de Edmund Husserl.

Un capítulo de Historia de la Iglesia e Historia del pensamiento cristiano: el significado del papa Juan Pablo II en la crisis y caída del comunismo. Sí, la tuvo, y de un modo eminente. En efecto, llevó la Iglesia a un punto del debate doctrinal con el marxismo que superó el magisterio de sus predecesores. Doctrinalmente estuvo a la altura del pontificado del papa León XIII. Apoyó a solidaridad el año 1979; dialogó con Wojciech Jaruzelski en 1981, cuando dictó la ley marcial. El atentado del que fue víctima es un testimonio concluyente, de acuerdo con los archivos de la KGB y de la STASI desclasificados, de lo que su figura representaba para el comunismo. Que Moscú no solo estaba incómodo e inquieto con el pontificado de Juan Pablo II sino, también, lo percibía como el más peligroso enemigo del comunismo, era una realidad desde la elección misma de Juan Pablo II como Papa el año 1978. Un hecho concluyente: el documento que autoriza el atentado contra el Papa lleva la firma de conspicuos dirigentes soviéticos, incluido Mijaíl Gorbachov, según narra M. Wolff en sus memorias. Dos problemas mayores fueron la intervención de la Compañía de Jesús y la condena de la Teología de la Liberación. La estrategia comunicacional del Vaticano –Joaquín Navarro-Valls, José Miguel Ibáñez Langlois– fue decisiva para al menos neutralizar la Teología de la Liberación y el experimento revolucionario marxista-cristiano de la Revolución nicaragüense (1979). Todo esto en el contexto mundial de la lucha contra el marxismo. En definitiva, el papa Juan Pablo II enfrentó el comunismo con acciones concretas.

En la última parte de su libro Fernandois realiza, lo que podríamos llamar una historia de la literatura contemporánea: Thomas Mann, Pablo Neruda, Nin, Ernst Jünger. Sin duda, este último constituye el autor principal en la narrativa histórica literaria del autor. Fue tal vez uno de los más destacados escritores alemanes (1895-1998) del siglo xx, especialmente si consideramos el vínculo propuesto por Fernandois entre Política y

²⁴ Hanna Arendt, *Eichmannnen Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2003.

²⁵ Theodor Herzl, *Der Judenstaat. Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage*, Wien, 1896.

Literatura. El escritor alemán vivió bajo el Segundo Imperio (1871-1918), la República de Weimar (1918-1933), el Estado totalitario nazi (1933- 1945), El Gobierno Militar de Ocupación (1945-1949), la República de Bonn (1949-1990) y la República de Berlín (1990). Los viajes, la Historia natural, la ensayística, la novelística y los diarios conforman el corpus Jüngeriano. Junto con Schmitt, Heidegger y Haushofer formaron una generación que rechazó el espíritu de Versalles –el Diktat–. Todos ellos fueron procesados y condenados en juicios secundarios al de Nüremberg. La condena varió según el compromiso que tuvieron con el nazismo. Alemania fue derrotada y destruida. Pero el pensamiento de estos autores sirvió como fundamento para el pensamiento pos-II Guerra Mundial, desde la Literatura a la Geopolítica, desde la Filosofía al Derecho, en especial en la izquierda. Así, el pensamiento alemán conservador devino en la némesis de Europa. Fernandois recorre prácticamente lo esencial de la obra de Ernst Jünger. Sin embargo, no dedica una reflexión a los diarios del autor alemán²⁶. Omisión extraña, toda vez que fue un viajero empedernido, y dedicando varias páginas de su libro al tema de los viajes, nos resulta esta ausencia un tanto incomprensible. Los viajes, algunas de cuyas modalidades explica el historiador chileno, constituyen una ampliación del horizonte histórico hasta transformarlo en una verdadera Historia Universal, Mundial o Global, según las diferentes categorías historiográficas. Así, especialmente los viajes de descubrimiento de la Historia Moderna que lograron unificar la historia de Europa con una territorialidad planetaria sometida a su hegemonía geopolítica –die Europäisierung der Erde–. En otras palabras, los imperios modernos. De hecho, los viajeros modernos son súbditos, luego ciudadanos, de esos imperios.

La narrativa planetaria europea se abre con los diarios de navegación –bitácora de la nave- de Cristóbal Colón y su descripción de los espacios descubiertos (1492). Luego, le sigue el primer poema planetario, *Os Lusíadas* de Camoes: “...por mares nunca de antes navegados” (1572). También podríamos señalar como textos de viajes “Las cartas de relación” de los capitanes de la conquista española. Estos viajes tienen un derrotero: Mediterráneo-Atlántico-Pacífico, según la tesis geohistórica de Fernand Braudel. El siglo xx, la centuria de los viajes de Ernst Jünger, amplía el horizonte de los viajes más allá de las fronteras del planeta. En palabras de Ernst Nolte, estaríamos ahora en la etapa tardía de la “existencia histórica” (*Historische Existenz*), con la cual se inaugura una nueva época: la “Poshistoria” (*Nachgeschichte*)²⁷. Parfraseando a Fernandois: el hombre y la Historia continúan el viaje ampliando el horizonte. Joaquín Fernandois pertenece a una generación de historiadores especialista en Historia Universal, cuyo núcleo académico fue el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Que la Historia es siempre historia mundial (*Weltgeschichte*) o historia global (*Globalgeschichte*), queda claro con este estudio de Joaquín Fernandois.

PATRICIO H. CARVAJAL A.
Fundación Hermann Conring

²⁶ Ernst Jünger, *Pasado los setenta*, Barcelona, Tusquets, 2007-2015, v vols.

²⁷ Ernst Nolte, *Historische Existenz. Zwischen Anfang und Ende der Geschichte*, München. Piper, 1998. Mi comentario de esta obra en: www.scielo.cl/rehj.htm

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA, *Regionalismo, liberalismo y rebelión: Copiapó en la Guerra Civil de 1859*, Santiago, RIL Editores-Universidad Finis Terrae, Escuela de Historia, 2016, 317 pp.

“Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”. En ese proverbio árabe se inspiró Marc Bloch para pensar el oficio del historiador y las motivaciones que llevan a estos a centrarse en determinadas problemáticas²⁸. Si bien perteneció a la primera generación de los *Annales*, su forma de ver la historia no ha perdido actualidad. Hoy vemos una proliferación de publicaciones que epistemológicamente se nutren del presente para realizar el estudio del pasado. Ejemplo de ello son los procesos migratorios, la transculturación, la economía global, entre otras temáticas de recurrente publicación y exposición en jornadas de la disciplina. Dentro de esta órbita, en la historiografía chilena también han asomado, durante la última década, investigaciones vinculadas a procesos que se remiten a la Historia Regional, así como a la construcción de la ciudadanía.

Pero tal como señaló Marc Bloch, la historia se encuentra llena de lagunas que es necesario cubrir. De esta manera, investigaciones como la que reseñamos a continuación, vienen a superar la barrera del centralismo académico, que muchas veces otorgó implicancias nacionales a fenómenos acaecidos en el eje Santiago-Valparaíso, otorgando complejidad al estudio de los procesos políticos, económicos, sociales y culturales vividos en las provincias. En este sentido, el regionalismo y el liberalismo que se desarrolló en Copiapó entregan luces sobre el ejercicio de trabajar desde la región, con el objetivo de comprender los procesos históricos en su dimensión local, analizando los matices propios del espacio regional, en relación con la centralidad que representó la elite de Santiago y el gobierno de Manuel Montt, durante el conflicto civil de 1859.

Sobre este punto, Eduardo Cavieres ha planteado que la Historia Regional debe enfocarse en generar un diálogo entre los procesos ocurridos en el espacio local y fenómenos los globales que pueden ser de origen nacional, internacional o de ambos. Este diálogo entre lo local y lo externo se hace presente a lo largo de toda la obra.

Las problemáticas y perspectivas modernas del ejercicio historiográfico que se han mencionado anteriormente, se pueden encontrar en la obra que reseñamos a continuación. En ella, Joaquín Fernández Abara centró su mirada en las características económicas, políticas y sociales en los prolegómenos de la guerra civil de 1859 y cómo el regionalismo desarrollado en la zona de estudio generó un quiebre dentro de la elite local, así como también una forma de liberalismo radical. Esto se materializó una vez terminada la conflagración civil, tras formarse la Asamblea Radical de Copiapó, que derivó, a su vez, en la formación del Partido Radical.

Luis Ortega fue el encargado de escribir el prólogo de la obra. En él señala que este texto se convertirá en un libro importante dentro de la nueva historiografía nacional, ya que servirá de guía para la consecución de estudios regionales. De tal forma, que el aporte que entrega este texto va más allá de la problemática particular que investigó,

²⁸ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 64.

pues funciona, a su vez, como una guía metodológica para la realización de estudios sobre fenómenos locales.

El autor planteó como afirmación inicial que el regionalismo desarrollado durante el levantamiento de Copiapó en 1859 se expresó a través de la defensa de la autonomía de los municipios y de otras corporaciones locales de carácter informal, como fue el caso de la Junta de Minería de Copiapó. De manera que estas instituciones se caracterizaron por ser los espacios donde se expresaron las demandas de la elite copiapina frente a las acciones del ejecutivo, que estableció una red de agentes estatales gobiernistas expresados en los cargos de intendentes, gobernadores y delegados²⁹. Estos últimos, debían valerse del apoyo de estas instituciones para poder generar un poder efectivo en el ámbito local, de modo tal que estos espacios políticos se mostraron como ámbitos de resistencia por parte de la sociedad civil, cuya capacidad de negociación fue en aumento en los años previos a la guerra civil de 1859.

Para lograr determinar estas apreciaciones, la investigación indagó en poder dar cuenta de las formas que adquirió el regionalismo en Copiapó, así como la influencia que tuvo en la génesis y el desarrollo de la guerra civil de 1859. El punto central que representa el regionalismo en la obra se estudió desde diversos focos. Entre ellos, se consideró a las instituciones locales, así como de las prácticas de sujetos de la elite y el discurso político expresado tanto en la etapa previa del conflicto como durante su desarrollo. De esta manera y apoyado en un examen exhaustivo de fuentes, logró determinar las expresiones locales que adquirió el liberalismo político, las redes de poder y la ciudadanía en el espacio regional que representa Copiapó.

Precisamente, uno de los valores que tiene este libro es su riqueza documental. Esto se aprecia a lo largo de toda la investigación, la cual fue construida sobre la base de una diversidad de fuentes. En ella destacan diversos fondos del Archivo Nacional, donde se pueden apreciar las crónicas de rebeldes exiliados a Perú después de la derrota –Fondo Benjamín Vicuña Mackenna–, así como el epistolario del presidente Manuel Montt con la red gubernamental en la zona de estudio –Fondo Fundación Manuel Montt–. En términos locales, las instituciones, los procesos judiciales y los intereses económicos derivan principalmente del Archivo de la Intendencia de Atacama y del Archivo Notarial de Copiapó. Esta documentación, además, se complementó con actas del Congreso Nacional y prensa, tanto del medio local como del eje Santiago-Valparaíso.

De este modo, el material de archivo utilizado es vasto y permite observar diversas aristas en torno al desarrollo del conflicto y de sus orígenes. Un ejercicio de historia total, donde además del tradicional tridente de análisis historiográfico –político, económica y social– se dilucidan aspectos interesantes en torno a las ideas y la mentalidad de la sociedad copiapina.

Derivado de lo anterior, la investigación realiza a lo largo de sus cuatro capítulos un diálogo permanente entre los sucesos acaecidos en el norte, la conflictividad socioeconómica tanto de la elite local, el ascenso de los sectores del artesanado –y su inclusión

²⁹ Es interesante la reflexión que plantea Joaquín Fernández Abara sobre la relación que se produjo entre algunas familias de notables copiapinos con familias de la elite nacional. Estas últimas sobre todo del eje Santiago-Valparaíso, donde básicamente se concentraba el poder del Estado. De ahí que el autor afirma que algunos miembros de familias notables de Copiapó se hayan convertido en verdaderos agentes del Estado en el ámbito local. Las reflexiones en torno a este punto se encuentran en el capítulo 1, específicamente en el punto llamado “La inserción de los notables copiapinos en la élite nacional”, pp. 47-50.

en el conflicto— como las ideas en torno al liberalismo, que se expresaron en torno a la valoración del poder local.

Este último punto es interesante, ya que la lucha regionalista —que es el argumento central de este texto—, se remite a un ámbito más profundo en torno a las ideas políticas que se desarrollaron tanto en Chile como en América Latina durante el siglo XIX en torno a la construcción del concepto de Estado-nación. En este sentido la obra que reseñamos nos permite observar las resistencias que provocó en el medio local la idea de *comunidad imaginada*³⁰ y las diversas formas que adoptó el liberalismo en la zona, mostrando la complejidad que encierra en sí mismo el estudio de los idearios liberales decimonónicos³¹.

Sobre este punto, Joaquín Fernández Abara logró demostrar que las transformaciones económicas y sociales que se vivieron en Copiapó en la medianía del siglo XIX, tuvieron un impacto en la cultura política, al generar una mutación en torno al ideario político de la elite local, la cual transitó desde un peluconismo de raigambre colonial y fundamentado en los valores impulsados por la República Conservadora, hacia un liberalismo que fue adoptado tanto por la elite local que se identificó con el regionalismo como por los sectores mesocráticos que participaron de las disputas políticas, que según el autor comienzan con la división de la elite local, producto del intervencionismo gubernamental en las elecciones parlamentarias y municipales de Copiapó en 1855.

La conflictividad copiapina en torno al regionalismo desarrollado en este libro, rescata la labor de algunas figuras claves dentro de la dirigencia liberal, como fue el caso de miembros de las familias Matta y Gallo. Sin embargo, se extraña que dentro del análisis no se haya profundizado sobre otros sectores sociales dentro de la conflictividad que se desarrolló en 1859³². El relato sigue básicamente una lógica de lucha intraoligárquica en torno a la autonomía política local. De cualquier modo, más que una deficiencia, los puntos débiles que pudiera dejar esta investigación sirven como desafíos y deja la puerta abierta para futuras investigaciones que deseen profundizar en torno a las características del poder local, el regionalismo y la ciudadanía en espacios de provincia. Concordamos, por tanto, con Luis Ortega, al considerar que el presente texto sirve como una guía metodológica a la hora de investigar en perspectiva de Historia Regional.

Investigaciones como la que acabamos de reseñar son hoy un verdadero aporte para la comprensión del pasado local en el Chile decimonónico, espacio que por mucho tiempo se estudió bajo cánones que otorgaron primacía a sucesos acaecidos en el eje Santiago-Valparaíso. Copiapó es solo una referencia de lo multidimensional que es el estudio del liberalismo en el siglo XIX chileno, del cual todavía queda mucho que dilucidar.

WILSON LERMANDA DELGADO

Instituto de Historia

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

³⁰ Véase a Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

³¹ Sobre los diversos matices que adoptó el liberalismo en América Latina, véase Iván Jaksic y Eduardo Posada (eds.), *Liberalismo y poder: Latinoamérica en el siglo XIX*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2011. Especialmente su introducción titulada “Naufragios y sobrevivencias del liberalismo latinoamericano”.

³² Existen apartados en torno al artesanado local, pero su análisis es más bien general y apunta a verlo como un grupo de apoyo para la elite sublevada. Véanse pp. 178-182.

RAFAEL GAUNE, *Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016, 486 pp.

Sobre la historiografía de la guerra de Arauco, los espacios de guerra, misión y frontera han sido protagonistas en los estudios del Chile colonial, especialmente a partir de los trabajos de Sergio Villalobos en las décadas de 1980 y 1990. Este último señaló que la guerra defensiva, proyecto de pacificación de comienzos del siglo XVII, había tenido “escasa importancia” en el desarrollo del conflicto³³. Desde esa aseveración, la lectura del trabajo de Rafael Gaune permite entender las repercusiones de un proceso de paz que fracasó, pero que se constituyó dentro de los intersticios locales e imperiales del mundo ibérico y romano. Este libro, fruto de una investigación doctoral del autor, narra un fragmento del “caleidoscopio global jesuita”, es decir, unos de los múltiples espacios misioneros que, en el ámbito global, coordinaba la Compañía de Jesús desde Roma, a través de los discursos sobre la paz y la guerra en la Edad Moderna.

Escritura y Salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII busca comprender los fenómenos de negociación, traducción y misión dentro del proceso de guerra defensiva, liderada por el jesuita Luis de Valdivia, en la frontera hispano-mapuche entre 1568 y 1626. Para ello, busca vislumbrar “la capacidad de adaptación de los jesuitas [...] en los recorridos históricos coloniales” y, a su vez, plantear un desafío: instalar el debate global/local en la producción historiográfica colonial chilena (p. 35). En una extraordinaria investigación, el autor nos permite seguir los recorridos de los proyectos fronterizos de guerra y paz entre el mundo colonial americano y el moderno europeo a partir de los discursos domesticadores que los jesuitas establecieron para entender la frontera, la guerra y la evangelización. Así, el concepto de Flandes Indiano, utilizado por el jesuita Diego de Rosales, para vincular el fenómeno de la guerra y rebelión en los Países Bajos y Arauco, se transforma en una llave descifradora (p. 37) que problematiza el actual giro global, como un fenómeno de conexiones de espacios alrededor del mundo, a partir de la producción de saberes locales, gracias a los intermediarios jesuíticos que transitaban constantemente entre distintos planos (p. 49).

El desafío propuesto es entender “cómo los jesuitas se movieron entre dos escalas, la dimensión global (Roma y la monarquía) construida por los casos locales (la frontera sur del virreinato peruano)” (p. 45). Así, el vínculo entre escritura y salvación resulta fundamental: para unir ambos conceptos Rafael Gaune utiliza, en su mayoría, el intercambio epistolar y documentación normativa. En ese sentido, metodológicamente, el trabajo presenta una fuerte base documental recopilada en archivos nacionales e internacionales, sumergiéndose en el mundo de los archivos jesuíticos para poder dar cuenta de su hipótesis y objetivos, aunque, algunas veces cabe preguntarse, ¿qué otras fuentes extrajesuitas podrían ver este mundo desde otras miradas? No obstante, la gran recopilación de información de los jesuitas, entre Santiago, Lima, Madrid y Roma, permite sostener la importancia de la negociación y la instalación de un proyecto de paz en un

³³ Sergio Villalobos, *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la guerra de Arauco*, Santiago, Andrés Bello, 1995, pp. 12-13.

proceso largo de guerra, donde convergieron los planes de contención de la monarquía católica y las expectativas evangélicas de los misioneros en búsqueda de la salvación de las almas.

Además de esta multiplicidad de temas, el autor incorpora otra variable importante de analizar: la figura de Anganamón, líder indígena victorioso por excelencia y parte contradictoria de los proyectos jesuíticos. Este fue utilizado por los jesuitas como una forma de “descifrar al otro” que no se deja reducir y para “domesticar su cuerpo y alma con su presencia misionera y proyecto de salvación” (p. 39). Se constituye, así, como una persona intermedia entre el Rey, los jesuitas y los rebeldes de Purén y Catiray.

En el primer capítulo, titulado “El deseo (periférico) de las Indias (1568-1598)”, busca analizar el vínculo entre Roma y Chile antes de la llegada de los primeros jesuitas en 1593. Esto posibilita comprender la organización política del “deseo de las Indias” periférico, explicando los ideales y expectativas que tenían los misioneros en Europa y América, observando como los jesuitas se transformaron en traductores de la nueva realidad americana (p. 81). Además, plantea que había dos vías de deseo: la llegada a las Indias occidentales y las nuevas convicciones de expansión, conversión y disciplinamiento del indígena (p. 85), donde esta última aspiración habría generado un deseo de visitar otras geografías como Chile. Esta intención estuvo en constante negociación con los recursos políticos y económicos de la monarquía y los lineamientos del generalato jesuita que convirtieron “el utópico deseo inicial” en una “densa red epistolar” que terminó por apoyar los proyectos misionales alrededor del mundo (p. 112). Desde la lectura queda como pregunta, ¿en qué sentido el deseo de las Indias se inserta en una sensación general y polifónica del europeo tras el descubrimiento de América?

Con la llegada a Chile, Gaune explica el papel de los jesuitas a partir del oficio del traductor: diagnosticaron, explicaron e interpretaron la realidad local. Lo que les permitió observar una precariedad espiritual de todos los estamentos de la sociedad santiaguina (p. 122), paralelamente a las estrategias de integración políticas y religiosas dentro de la dinámica urbana. Con el apoyo de la elite y otras ordenes, los misioneros de la Compañía pudieron “organizar los tiempos, los cuerpos y el espacio de la conversión religiosa” (p. 138). Así, desde la precariedad y la salvación, germinó una proyección de lugar “fijando en el territorio y en la memoria la salvación de las almas” a través de un proyecto no solo pensado desde Santiago, sino también desde Roma, Madrid y Lima (p. 152). Esto posibilita al autor para abrir los espacios de discusión histórica hacia la dinámica global, imperial y local.

En el segundo capítulo, busca observar los itinerarios epistolares jesuíticos entre Chile y Roma. Lo interesante es que vincula ambos espacios, esquivando la construcción histórica e historiográfica del “patronato real” para observar cómo el generalato romano y el mismo Papa participaron activamente en el desarrollo misionero en Chile (p. 153). Roma, en el siglo xvii, fue un espacio donde circularon diversos objetos y saberes del mundo, entre ellos los proyectos chilenos. Para ello, Gaune se sumerge en las fuentes romanas para observar el papel reflexivo y político de los generales de la Compañía. El jesuita, propone, se transformó en un “hacedor”, en un creador de mundo que garantizó el tránsito de distintos “fragmentos de un mundo” hacia Roma. El principal soporte de este fenómeno fueron las cartas anuas que, construidas desde muchas voces, actuaron como

“sismógrafos de la realidad” (p. 205). Sin embargo, no solo se despacharon cartas institucionales sino, también, un complejo intercambio epistolar de jesuitas particulares, como Luis de Valdivia, quienes fueron protagonistas de las comunicaciones entre 1615 y 1626.

En el tercer capítulo, densifica las redes del caleidoscopio jesuita con los discursos de guerra y paz en Chile: “¿Cómo [se] pensó la guerra y la paz desde las practicas misioneras y cómo estas se vieron entramadas en la escritura jesuita?” (p. 219). La investigación observa la paz de forma polifónica y en diálogo con la guerra. Esto permite analizar las propuestas y traducciones del padre Luis de Valdivia en torno a su propuesta de guerra defensiva. Para él, la paz asegura el control social, político y religioso al sur de la frontera del Biobío (p. 220). E identifica tres tipos a partir de la adaptación de las normativas propuestas por monarquía con su ideal misionero. La primera sería una concordia producida por la violencia del trabajo no regulado, que finalmente era aquella paz hostil y rechazada por los indígenas; con la segunda el sacerdote jesuita buscó someter a los indios de guerra a tributos y tasas como en México y Perú; y, por último, la tercera sería la producción de una amistad entre las partes, a partir de la mediación política en espacios de Parlamento (pp. 226-231).

La polifonía de la paz, entonces, se hace presente. Mientras el mundo militar quiere castigar y esclavizar a los mapuches, los jesuitas reflexionaron sobre una paz negociada con los indígenas, explicando la voluntad del Rey, los deseos de conversión y criticando el servicio personal. Para Rafael Gaune, el punto de inflexión fue diciembre de 1610, cuando la paz de los padres de la Compañía se unió a la voluntad de la monarquía en un proyecto único de salvación: la guerra defensiva (p. 260). Por otro lado, la voz del indígena es difícil de escuchar en los discursos de paz. Por eso el autor, utilizando la analogía del jesuita como sismógrafo, intenta ver cómo ese testimonio se encuentra representado y filtrado en la escritura jesuita. Así, Anganamón se transforma en una justificación de la conversión de los rebeldes que ven la paz como servicio personal, pero también un bárbaro incorregible (pp. 236 y 286). Sería interesante, entonces, comparar otros procesos de paz (como el de Flandes en la Tregua de los Doce Años) y su asociación con las comunidades locales y otras órdenes religiosas, para entender este fenómeno de encuentro político-religioso.

En el cuarto capítulo, analiza los “otros” rostros de la guerra defensiva. Sin embargo, la expectativa decae al observar que finalmente el análisis se centra en la figura ya conocida del jesuita Luis de Valdivia. Resultaría interesante, tal vez, observar otros sujetos dentro del proceso, como las mujeres, los extranjeros o las comunidades locales impactadas por la guerra y la paz. El argumento de este capítulo busca entender el apoyo al proyecto a partir de una amplia red de apoyo político, económico, religioso y jurídico entre Madrid, Lima y Roma (p. 293). Para ello, Rafael Gaune no solo investiga las lecturas de Luis de Valdivia para dar cuenta de su soporte ideológico sino, también, sus percepciones sobre su proyecto. Para él, la guerra defensiva era parte de “un medio político para conseguir un bien superior: la paz terrenal y la concordia celestial” (p. 322). Propone domesticar en forma evangélica al bárbaro, perfeccionar las prácticas religiosas, especialmente con el bautismo como rito de paso, y un proyecto pedagógico que permitirían permanecer la palabra de Dios en los corazones y en los territorios de los indígenas (p. 336). De esta manera, las relaciones misioneras fueron generando una

gramática de la conversión que buscaría una zona de exclusión territorial para el proceso de salvación. Sin embargo, estas propuestas pronto cayeron en descrédito debido al martirio sufrido por unos jesuitas en Elicura (1612). Esta derrota es vista por el autor desde una perspectiva interesante: una poética política. Para Luis de Valdivia esto fue “una confirmación de su aventura universal, un punto de llegada [...] de su religiosidad” (p. 350). De esta forma, en sus cartas, construye un discurso político apologético del episodio, con el objetivo de apoyar las prácticas jesuitas al interior del poder central. El capítulo termina con el retorno del jesuita a España en la década de 1620, ordenada por el general Mutio Vitelleschi, desde Roma, debido a inconvenientes políticos de su participación en el proyecto (p. 393). Así, es alejado de la frontera chilena, volviendo a España para escribir la *Historia de la provincia de Castilla*, y reflexionando sobre su propia vida política y misionera.

Para finalizar, en su escritura el autor le da una voz reflexiva a los distintos actores que participaron en un proyecto de paz que fue importante más allá de las fronteras chilenas y mapuches. De esta manera, hacia el final propone una topografía jesuita como instrumento analítico que posibilita la observación de esta orden en continuo movimiento, en una constante búsqueda por “encontrar las piezas que la hagan funcionar correctamente” (p. 422). Así, una de las principales fortalezas del libro es entender la guerra defensiva en diálogo constante entre la construcción local e imperial y entre la Corona y la Iglesia romana.

En ese sentido, el principal aporte del trabajo historiográfico de Rafael Gaune es superar las fronteras nacionales para comprender que un proyecto visto tradicionalmente desde lo local, tuvo repercusiones regionales y globales entre América y Europa. Esto, además, a través de una sólida recopilación documental que permite la presentación de fuentes e interpretaciones novedosas, posibilitando comprender el mundo como múltiples fragmentos que se construyen desde el diálogo local-global. Con todo, *Escritura y Salvación...* es un libro lleno de propuestas y posibilidad para la historiografía chilena, en general, y colonial, en particular. Es un texto de gran erudición, profundidad y habilidad narrativa que resulta de gran utilidad para entender las relaciones entre Chile y el mundo, así como para comprender las dinámicas jesuitas en contexto misionales periféricos.

JOSÉ ARANEDA RIQUELME
Estudiante de Magister en Historia
Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

FERNANDO PAIRICÁN, *Malón. La rebelión del movimiento mapuche. 1990-2013*, Santiago, Pehuén Editores, 2014, 419 pp.

Malón... es un libro que cuenta la historia del movimiento mapuche en Chile desde 1990 hasta el año 2013. El argumento principal de esta obra de Fernando Pairicán se concentra en el análisis histórico de la vía política y la vía rupturista que dicho movimiento

viene desplegando desde la década de 1990 para conseguir la autodeterminación. La primera vía se caracteriza por utilizar canales institucionales para conquistar espacios de autonomía política, económica y cultural. Esta apuesta política estaría liderada por el alcalde de Tirúa, Adolfo Millabur, quien ha contado entre sus bases de apoyo con el partido mapuche Wallmapuwen. La segunda alternativa ha apostado por la violencia política, el uso de la fuerza diríamos nosotros, para conseguir los mismos objetivos. Las organizaciones que comandan esta opción más radical son la Coordinadora Arauco Malleco y la Alianza Territorial Mapuche.

El análisis crítico de sus fuentes, valida la obra, ofreciendo una descripción minuciosa de fechas, nombres y acontecimientos relativos al tema central, siendo muchos de ellos detalles sabrosos, inéditos, que solo el autor podía obtener, dada su cercanía con los individuos y organizaciones que investiga. A ratos, el libro puede tornarse en algunos pasajes un poco denso y lento de digerir, pero dicha vocación en la descripción cronológica de los hechos está puesta al servicio de un argumento central claro, que invita a reflexionar sobre las causas del conflicto actual entre el Estado chileno y el pueblo mapuche.

Desde un punto de vista histórico, es interesante cómo Fernando Pairicán construye un argumento que conecta la actual violencia que sacude a la zona de La Araucanía con los procesos ocurridos desde fines del siglo XIX.

Comienza con un análisis de los orígenes del problema situando la ocupación de La Araucanía como el pecado original del Estado de Chile con el pueblo mapuche. Luego, avanza cronológicamente, describiendo y reflexionando sobre el proceso de radicación de comunidades con la entrega de títulos de merced, la usurpación de terrenos durante la primera mitad del siglo XX y los movimientos migratorios del campo a la ciudad de una población rural mapuche empobrecida. A continuación, revisa el surgimiento de organizaciones y líderes indígenas, el paréntesis de la Reforma Agraria, los años de resistencia durante la dictadura militar, hasta la consolidación de un movimiento político-mapuche más vigoroso en la década 1990. Al analizar la fase más reciente del conflicto, el autor la interpreta como resultado de casi un siglo de maduración del pueblo mapuche en su relación con el Estado y la sociedad chilena.

Esta etapa más actual, la del decenio 1990 hasta 2013, Fernando Pairicán la inserta en el contexto latinoamericano de los procesos de reivindicación indígena iniciados por los zapatistas en México, que fueron seguidos por levantamientos similares en otros países de la región.

Malón... debería leerse como fruto de la historiografía chilena enfocada en los estudios de frontera. Dicha corriente historiográfica –circunscrita al auge de la Historia Social– comenzó en la década de 1980 y se consolidó en las décadas siguientes. En el transcurso de este tiempo sufrió importantes transformaciones conceptuales y metodológicas que encontraron en este libro el resultado de un proceso de democratización en el estudio de la historia mapuche en Chile. Esta apertura generó espacios de discusión crítica para las actuales generaciones de pensadores mapuches y no mapuches. Entre los precursores de la historiografía fronteriza se cuentan Sergio Villalobos³⁴, José Ben-

³⁴ Sergio Villalobos, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982.

goa³⁵, Jorge Pinto³⁶ y Leonardo León³⁷. Los antropólogos también participaron de esta corriente historiográfica, complejizando las relaciones fronterizas en la Araucanía al añadir miradas más críticas respecto a los instrumentos de control —económico, político y simbólico— propios de la frontera. Entre ellos los que más han aportado al debate son: Guillaume Boccara³⁸, Rolf Foerster y Sonia Montecinos³⁹ y Álvaro Bello⁴⁰. Mención especial merecen Jorge Pavez y Andre Menard por su importante contribución en el rescate de fuentes para la historia del pueblo mapuche⁴¹.

Las reflexiones y conceptos nacidos del debate entre historiadores y antropólogos “fronterizos” se asemejan con lo que Richard White denomina “the middle ground” para el caso de las relaciones fronterizas entre europeos y comunidades indígenas en la región de los grandes lagos en Canadá y Estados Unidos. Según este último, el *middle ground* constituye un espacio donde personas intentan persuadir a otros que reconocen diferentes, apelando a los valores y prácticas que atribuyen a ese grupo. En ese proceso con frecuencia ocurren distorsiones en la comprensión de esos valores y prácticas, pero precisamente de dichas malas interpretaciones (*misinterpretations*) surgen nuevos significados y nuevas prácticas que definen el denominado *Middle Ground*⁴². Por lo tanto, pensamos que Fernando Pairicán es heredero de una tradición historiográfica contundente referida a los temas fronterizos en Chile, pero que podría haber enriquecido aún más su análisis del fenómeno fronterizo chileno-mapuche si hubiese incorporado los marcos conceptuales de historiadores y antropólogos dedicados al estudio de las relaciones fronterizas de los países del norte, en especial la frontera suroeste norteamericana⁴³.

Uno de los aportes significativos de este libro es la manera en que aborda un problema que enfrenta la sociedad chilena en el presente, vale decir, el de la violencia en

³⁵ José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985. Obra dedicada al tema que por primera vez incluyó fuentes orales.

³⁶ Jorge Pinto, *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión*, Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

³⁷ Leonardo León, *Araucanía: la frontera mestiza, siglo XIX*, Chile, LOM Ediciones, 2003.

³⁸ Guillaume Boccara, *Los vencedores: Historia del pueblo mapuche en la época colonial*, Chile, Línea Editorial IIAM, 2007.

³⁹ Rolf Foerster y Sonia Montesino, *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*, Chile, Ediciones CEM, 1988. Obra que devela la larga trayectoria de dirigentes políticos mapuches que Pairicán rescata en su libro *Malon*.

⁴⁰ Álvaro Bello, *Nampulkafe: el viaje de los mapuches de la Araucanía a las pampas argentinas: territorio, política y cultura en los siglos XIX y XX*, Temuco, Universidad Católica de Temuco Ediciones, 2011. Libro que reseñamos para revista *Historia* N° 45.

⁴¹ André Menard y Jorge Pavez, *Mapuche y anglicanos: Vestigios fotográficos de la Misión Araucana de Kepe, 1896-1908*, Santiago, Ocho Libros Editores, 2007; Jorge Pavez (comp.), *Cartas Mapuche Siglo XIX*, Santiago, Ocho Libros/CoLibris, 2008 y Andre Menard, *Libro diario del presidente de la Federación Araucana, 1940, 1942, 1948-1951*, Santiago, CoLibris, 2013.

⁴² Richard White, *The Middle Ground. Indians, Empires and Republics in the Great Lake Regions 1650-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. x.

⁴³ La lista es larga, pero en los últimos diez años los mejores trabajos sobre frontera norteamericana con especial énfasis en la agencia de los grupos indígenas en la formación de los espacios fronterizos se encuentran en: Steven Heckel, *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis: Indian-Spanish relations in colonial California, 1769-1850*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005; Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire*, New Haven (CT), Yale University Press, 2009 y Bryan DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the US-Mexican War*, New Haven (CT), Yale University Press, 2009.

La Araucanía, analizando históricamente los orígenes y transformaciones del mismo. Esta violencia de la vía rupturista se expresa en la toma de terrenos, quema de maquinaria agrícola y forestal, cortes de caminos y amedrentamientos a grupos de colonos, con el fin de presionar al Estado para recuperar territorios que fueron usurpados, en su mayoría, desde fines del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. Así, el autor le entrega al lector elementos suficientes para preguntarse sobre la evidente contradicción entre las imágenes que se proyectan sobre los hechos de violencia en la zona, la mayoría de ellas simplistas y tendenciosas, con los acontecimientos del pasado reciente de la historia de Chile, que demuestran la complejidad de dicho problema. En este sentido, Fernando Pairicán es honesto con su audiencia al clarificar su posición respecto al proceso de lucha por la autodeterminación mapuche. No obstante, *Malón...* no es propaganda política ni panfleto doctrinario, sino un libro de historia que cuenta y explica por qué grupos en las regiones del Biobío y la Araucanía están realizando actos de violencia política.

De este modo, Fernando Pairicán se inscribe en una emergente tradición de intelectuales mapuches que están articulando, no sin ciertas dificultades, un discurso ideológico que busca dar soporte teórico a las manifestaciones concretas que dichos movimientos están llevando a cabo en el territorio al sur de la frontera. Así como la quema de los camiones en Lumaco en 1997 marcó un punto de inflexión al interior del movimiento mapuche, tal como se describe en el texto, creemos que la publicación del libro *Escucha Winka!*⁴⁴, también constituye un cambio de rumbo en el desarrollo de la intelectualidad mapuche actual. Dentro de este grupo de pensadores las voces de José Marimán⁴⁵, José Ancan⁴⁶ y Jaime Huenún⁴⁷ son las que cuentan con mayor trayectoria. Ellos, a su vez, están colaborando en la formación de generaciones más jóvenes con proyectos editoriales interesantes que visibilizan la historia pasada y presente del movimiento mapuche, donde figuras como las de Enrique Antileo⁴⁸ se perfilan entre los futuros líderes de la intelectualidad indígena chilena.

En otras palabras, Fernando Pairicán no representa una excepción. Por el contrario, simboliza una tendencia en el aumento de intelectuales y académicos mapuches que vienen a desafiar los paradigmas sobre los cuales Chile ha construido su identidad y narrado su propia historia. La irrupción de este creciente número de pensadores indígenas es una buena noticia para la comunidad académica chilena por cuanto la obliga a repensar aspectos fundamentales de su realidad social y política. En el ámbito de la Historia, su libro es una invitación, provocadora por cierto, a visitar los supuestos sobre los cuales se ha construido el relato de la historia patria, a reflexionar sobre los contextos en que se produjeron las historiografías nacionales y a volver a mirar el pasado del país conside-

⁴⁴ José Millalén, Pablo Marimán, Rodrigo Levil y Sergio Caniuqueo, *¡...Escucha Winka...!*, Santiago, LOM Ediciones, 2006.

⁴⁵ José Marimán, *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI*, Santiago, LOM Ediciones, 2012.

⁴⁶ José Ancan, *Venancio Coñuepán. Ñizol Lonco, y líder político mapuche*. Santiago, Editorial USACH, 2012.

⁴⁷ Jaime Huenún, *Reducciones*, Santiago, LOM Ediciones, 2013.

⁴⁸ Enrique Antileo, Luis Cárcamo-Huechante, Margarita Calfio y Herson Huinca-Puitrin, *Violencias coloniales en Wajmapu = Awükan ka kuxankan zugu Wajmapu mew*, Santiago, Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, Centro de Estudios e Investigaciones Mapuche, 2015.

rando al pueblo mapuche como un actor de mayor relevancia. Su texto es expresión de esta tendencia, que estamos convencidos se irá consolidando en el tiempo.

Malón... es un libro de historia que permite comprender en detalle la actual lucha de grupos en la zona de La Araucanía. A su vez, es un estudio que contiene un argumento histórico interesante respecto a la naturaleza de la protesta social mapuche, explicando el desarrollo de sus dos canales: el institucional y el rupturista. Del mismo modo, es lectura recomendada para quienes desean informarse sobre el conflicto con el Estado chileno por vía de una voz autorizada, no solo por su condición de mapuche-activista sino, también, por la rigurosidad metodológica y la sensibilidad interpretativa de sus argumentos. Es también de interés para lectores aficionados a la historia política y de movimientos sociales en Chile, quienes van a descubrir una investigación histórica que cuestiona los estereotipos y generalizaciones que abundan respecto al conflicto chileno-mapuche. Por último, representa una de las obras insignes en la producción historiográfica de las nuevas generaciones de historiadores y pensadores mapuches. Encontrarse con ejemplares de este libro en los estantes de bibliotecas escolares en territorio mapuche no es una sorpresa. Constatar esta realidad, creemos, es una buena noticia para seguir avanzando en el diálogo por la paz en La Araucanía con un pueblo mapuche más informado y consciente de su presente y su pasado.

DANIEL CANO
Georgetown University

PILAR PONCE LEIVA y FRANCISCO ANDÚJAR CASTILLO (eds.), *Mérito, venalidad y corrupción en España y América. Siglos XVII y XVIII*, Valencia, Albatros Ediciones, 2016, 362 pp.

El título del libro corresponde a los temas de las tres partes en las que está dividido. Lo componen diecisiete estudios, muchos de ellos realizados en el marco de un proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España, titulado “Entre la venalidad y la corrupción en la Monarquía Hispánica durante el Antiguo Régimen”, lo que contribuyó, sin duda, a la destacable coherencia interna del libro. Se combinan en él los estudios de casos y otros más teóricos en los que se aborda la conceptualización del mérito, la venalidad y la corrupción. Como lo reconocen los editores, definir estas categorías se ha tornado una imposición de la historiografía, dada la difusa frontera entre ellas y la necesidad de entenderlas dentro de la estructura social y política del Antiguo Régimen.

Los editores del libro ya en la introducción avisan al lector (como ellos mismos lo formulan) que la venta de un cargo o de un honor no era corrupción como hoy la entendemos, sino que quien obtenía el cargo a través de esa vía realizaba un servicio al Rey, aunque fuera pecuniario. De ahí que, aunque el título del texto y las partes en las que está dividido reflexionan sobre cada uno de los contenidos, el libro tiene una dirección que apunta hacia la definición de la corrupción, mostrar cómo funcionaba, diferenciarla

de la meritocracia y de la venalidad. La historiografía misma ha transitado por ese camino poniendo la corrupción como un tema central en el debate sobre las prácticas de gobierno de la monarquía Hispánica. El tema importa para poder avanzar desde los estudios de los agentes de la monarquía corruptos a la comprensión de la corrupción en las sociedades y el sistema político como tal.

En la intención de los editores está el hacer un aporte a la unión de la historia moderna y la americana, separadas por el currículo universitario como disciplinas autónomas. En este sentido, para ambas historiografías, esta obra amplía el horizonte de análisis, propone nuevos temas y los vincula a uno y otro lado del Atlántico, invitándonos a salir de la frontera nacional al mirar lo que llamamos historia colonial o moderna solo como el pasado de la nación. El mérito, la venalidad y la corrupción corrían por las venas y penetraban la sociedad y toda la estructura de gobierno en los dos pilares de la monarquía. El estudio de casos así parece confirmarlo.

Sin embargo, cuando la historiografía americana se preocupó de estos temas, los visualizó como un fenómeno desde arriba: eran los agentes del Rey los portadores de estas prácticas, que se decidían en Madrid, independientemente del lugar de nacimiento de los individuos. Era, por tanto, un fenómeno del pilar europeo de la monarquía, donde las autoridades políticas eran nombradas. Fue Francisco Tomás y Valiente quien inició esta temática para las Indias⁴⁹. Pero el libro que más difusión ha tenido es el de Mark A. Burkholder y Dewitt Samuel Chandler⁵⁰, al mostrar la magnitud del fenómeno y unirlo a la noción de la pérdida de autoridad real en América. La temática en España ha tenido un desarrollo constante desde la década 1990, tal como lo señala Antonio Jiménez Estrella⁵¹ en un artículo de síntesis sobre el estado de la cuestión en la historiografía española sobre el tema de la venalidad, en diferentes ámbitos de estudio: en el municipal y de la justicia, en el ejército y, finalmente, la venalidad de honores y oficios de todo tipo. ¿Qué nos aporta esta nueva publicación?

La primera parte del texto se titula “Conceptos y valor de los méritos”. El tema lo analiza María del Mar Felices de la Fuente en las concesiones de honores y títulos nobiliarios a españoles europeos y americanos en el siglo xvii, concluyendo que la vía más común de acceso a la nobleza fue la del mérito del dinero. Domingo Marcos Giménez Carrillo se detiene en las mercedes de hábito durante el reinado de Felipe V, logrando determinar cómo se revalorizó el mérito militar en la concesión de los hábitos por parte del Rey, dejando de lado la práctica de concederlo como remuneración de servicios desarrollada por los Austrias. Amorina Villarreal Brasca, a través del caso de la provisión de la presidencia del Consejo de Indias en la persona de Pedro Fernández de Castro, pone de relieve que en muchos casos los vínculos familiares bastaban para acceder a los más altos cargos. Guillermo Burgos Lejonagoitia matiza la imagen tradicional de la masiva venta de cargos de la administración indiana durante el reinado de Felipe V,

⁴⁹ Tomás y Valiente, F., *La venta de oficios en Indias (1492-1606)*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1972.

⁵⁰ Mark Burkholder y Dewitt S. Chandler, *De la impotencia a la autoridad. La corona española y las Audiencias en América 1687-1808*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

⁵¹ Antonio Jiménez Estrella, “Poder, dinero y ventas de oficios y honores en la España del Antiguo Régimen: un estado de la cuestión”, en *Cuadernos de historia moderna*, Nº 37, Madrid, 2012.

dado que paralelamente hubo espacios para acceder a cargos por la vía de los méritos personales. Antonio Jiménez Estrella estudia la aparición del fenómeno del ingreso a las milicias de individuos sin méritos, sin experiencia, durante el reinado de Felipe IV, bajo la impronta del conde duque de Olivares. Finalmente, el trabajo de Roberta Stumpf versa sobre la provisión de cargos en la monarquía portuguesa, confrontando el Reglamento de 1770, que apuntaba a terminar con la patrimonialización de los oficios y la práctica de concesiones de cargos del marqués de Pombal, basadas en la venalidad.

La segunda parte del libro se titula “El mercado de las ventas de oficios” y lo componen tres trabajos. El de Francisco Andújar Castillo estudia la venta de oficios como tal en el siglo xvii, cómo y quiénes los vendían, para qué se usaba el dinero, con el objetivo de matizar la visión de que todos los oficios se vendían permanentemente en la monarquía. El autor diferencia el proceso de venta de un oficio según su precio, lugar de servicio (España o América) y época. Aparece con fuerza, en este trabajo, la figura del intermediario en las provisiones: los consejos, las juntas, los virreyes, los comisionados para las ventas, los asentistas. ¿Cómo entender su aparición? Como una delegación de la gracia real que, en palabras del autor, revela que el poder absoluto del Monarca se situaba en el espacio político de la intermediación. El artículo de Francisco Gil Martínez complementa al anterior, dado que estudia el destino del dinero ingresado en la Real Hacienda por la venta de cargos. Aunque se decía que estos recursos se usaban en las guerras de la monarquía, el autor demuestra que en la época del conde duque de Olivares una parte importante del caudal se usó en gastos de la Corte y en la construcción del palacio del Buen Retiro. ¿Por qué fue así si moralmente era más justificable asignarlo a la defensa? El autor cree que la poca previsibilidad de estos ingresos, por su variabilidad, provocaba el rechazo de los asentistas, por lo cual se lo derivó a otros gastos, aunque entrara en contradicción con el discurso legitimador que la misma monarquía desarrolló frente a la venalidad. El último artículo de esta sección es el de Christoph Rosenmüller, que estudia la venta de alcaldías mayores y corregimientos en Nueva España a fines del siglo xvii y principios del xviii por parte de los virreyes. La venta de estos cargos representaría un retroceso del control virreinal a favor de las clientelas de los validos en la Corte, lo que fortaleció el poder real y no su debilitamiento.

La tercera parte se denomina “Debates sobre la ubicua corrupción: miradas y casos”, y está compuesta por ocho artículos. Abre la sección Pilar Ponce Leiva, abordando la corrupción en los siglos xvi y xvii como una categoría socio-cultural asociada a un conjunto de normas y a un sistema de valores, que se usaba en la época analizada y se valoraba negativamente. Desde esta perspectiva concluye que, pese a la polisemia del vocablo, el término se usaba para contraponerlo al buen gobierno, por lo que puede hablarse de la corrupción en el Antiguo Régimen. Los siguientes artículos se detienen en análisis de casos de abuso o corrupción. Anne Dubet se centra en las argumentaciones de los acusados de fraude a la Real Hacienda y la forma en que disfrazan la corrupción con la amistad, la negociación o los privilegios. Inés Gómez González estudia la visita al Consejo de Hacienda en 1643 y las condenas patrimoniales a los encausados. Sébastien Malaprade analiza la causa por enriquecimiento contra el fiscal de la Comisión de Millones del Consejo de Hacienda, Rodrigo Jurado, en 1649, por medio del control que ejercía sobre los arrendadores y tesoreros de los millones. Pierre Ragon estudia al depuesto conde de Baños,

virrey de la Nueva España entre 1660 y 1664 y las prácticas fraudulentas por las que se le acusó, analizándolas con la disyuntiva de si eran corruptas o abusivas. José Luis de Rojas se detiene en los abusos en los cabildos de indios en la Nueva España, por parte de los indios principales contra los indios del común. José Manuel Díaz Blanco estudia el paso de Miguel de Mañara por la Corte de Felipe IV, comisionado allí por el Consulado de Sevilla. No son esos negocios en sí mismos los que aportan al tema del libro, sino su caracterización de la Corte como ávida de dinero, sin el cual nada se conseguía. Guillermina del Valle Pavón, por último, analiza la recaudación del ramo de alcabalas por parte del Consulado de la Ciudad de México en la segunda mitad del siglo XVIII. Destaca la evasión y el fraude y lo dificultoso que fue el control de los mismos para la Real Hacienda. Esta tercera parte es la más propositiva y será, sin duda, la más debatida por la historiografía. Deja, como debe ser, planteadas preguntas en la línea de identificar la corrupción, su tolerancia por la monarquía, la relación entre la autoridad real y el conocimiento de la misma en la Real Hacienda y el sistema administrativo.

En general podemos afirmar que las investigaciones que sustentan esta obra están extraordinariamente bien hechas. La corrupción se escondía, pero dejaba huellas. Encontrarlas ha sido el desafío de los autores y, para explicarla, han descrito muchos organismos de gobierno o procesos judiciales, indispensables de conocer para entender el entramado de la corrupción. Esto mismo incide en la lectura de algunos de los trabajos que abundan en detalles, o en digresiones sobre posibles formas de interpretarlos lo que, finalmente, dificulta recorrer con el autor la pesquisa y estrategias de los corruptos. Esto no opaca en nada al libro en su totalidad, que posiciona el tema de la corrupción en la historiografía hispanoamericana. El objetivo de los editores, unir en una misma temática a modernistas y americanistas, está logrado.

LUCRECIA RAQUEL ENRÍQUEZ
Instituto de Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile

FERNANDO PURCELL, *¡Muchos extranjeros para mi gusto! Mexicanos, chilenos e irlandeses en la construcción de California, 1848-1880*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2016, 251 pp.

Este esperado libro del historiador Fernando Purcell –realizado a partir de su investigación doctoral, en California– viene a consolidar una línea de trabajo del autor que rescata los vínculos transnacionales y en la cual destacan sus libros *Ampliando miradas: Chile y su historia en tiempo global* (2009) y *¡De película! Hollywood y su impacto en Chile 1910-1950* (2012). En *¡Muchos extranjeros para mi gusto!*, Purcell traza fundamentada y sobriamente la actuaciones de chilenos, mexicanos e irlandeses en la sociedad del naciente Estado de California, desde el inicio de la “fiebre del oro” hasta el advenimiento y consolidación del orden legal y político estadounidense en esta región (1848-1880).

La conquista de California por Estados Unidos en 1847 y el descubrimiento de ricos filones de oro el año siguiente gatillaron el comienzo de un torbellino social y político en torno al apuntalamiento de la hegemonía estadounidense y la difícil convivencia de migrantes de distintas razas provenientes tanto del resto del país como de otras regiones del globo. Estos dos temas: hegemonía y racismo cruzan el libro, permitiendo la edificación de un relato coherente sobre las primeras décadas del dominio angloamericano en la zona.

La fiebre del oro en California sedujo a multitudes, atrayendo como un poderoso imán a una caterva inmensurable de hombres (y muchas menos mujeres), principalmente estadounidenses, pero también mexicanos, irlandeses, franceses, alemanes, chinos, etc. Como el escritor suizo-francés Blaise Cendrars lo expuso en *L'Or* (1925), la fiebre del oro se abatió sobre el mundo atrayendo a todos los “desharrapados de Europa” y, como escribe Fernando Purcell, reunió a un “variopinto conjunto de aventureros, entre mineros, comerciantes, carpinteros, fotógrafos, almaceneros, dentistas, abogados, constructores y prostitutas” (p. 59). El libro en sus capítulos iniciales ausculta la historia migratoria de los tres grupos centrales de esta obra en un intento por acercarse, no tan solo a la lógica de búsqueda de beneficio personal que los llevaron a California sino, también, a las condiciones locales, nacionales y globales que permiten explicar estos flujos migratorios.

Sin sobreteorizar estos movimientos (aun cuando un desarrollo mayor de la literatura crítica sobre estos fenómenos habría sido deseable), el autor examina el inicio de la migración mexicana desde Sonora. Esta es valorada a partir de varios factores como la carencia de un control fronterizo efectivo, “sin alambradas ni murallas por entonces, el tráfico de la gente era incesante y sin restricciones mayores” (p. 25), la existencia de un arraigado paternalismo patronal, la falta de oportunidades y altos niveles de pobreza. El caso chileno en California –“la segunda comunidad latinoamericana más numerosa en la zona” (p. 33)– presenta obvias diferencias con el caso sonoreño y que son abordadas con aplomo por el autor. El caso chileno se interpreta a partir de la estructura social y laboral del país, la cual favoreció la existencia de peones itinerantes en el Chile central y una masa de vagabundos desarraigados. Con un manejo más suelto de la literatura secundaria que para el caso anterior, Fernando Purcell identifica en la posibilidad de adquirir (rápida) riqueza y “lograr un mayor grado de libertad” (p. 40) el acicate principal para espolear el movimiento migratorio chileno a California. Finalmente, el caso irlandés es utilizado a modo de comparación entre dicha experiencia con la de los otros dos grupos en términos raciales y en las dinámicas propias de integración al orden socio-legal estadounidense. El inicio de este flujo es abordado a partir de dos de sus principales causas: por un lado, la conocida crisis de la década de 1840 –la gran hambruna de la papa– que dilaceró la moral del país y, por el otro, la perenne crisis política que imposibilitaba al pueblo irlandés a escapar del control de Gran Bretaña. Es este último aspecto el más desarrollado por el autor, quien termina por subsumir el movimiento migratorio irlandés a California en la arena política.

Una vez en California estos grupos, junto con muchos otros, conformaron la abigarrada sociedad minera. Con sus roces, más frecuentes durante los primeros años, esta *mélange* de grupos nacionales y étnicos es retratada a partir de los grandes conflictos y luchas que la enfrentan. La historia de California y el oro es una historia de violencia y

en ella Fernando Purcell logra establecer matices valiosos, tomar distancia y con gran capacidad realiza distinciones significativas. Los conflictos son presentados en vectores horizontales y verticales; entre migrantes, mineros y la autoridad angloamericana, así como entre etnias y grupos de migrantes con mayor o menor tiempo en la región, quienes luchan –de forma descarnada– por proteger su pedazo de tierra (o mina).

Los temas centrales del libro: hegemonía y racismo, irrumpen con fuerza en este relato a partir del pertinente uso que hace el autor del cuerpo abundante de fuentes periódicas y de la lectura de casos penales específicos. Estas fuentes, sumadas a los epistolarios de alguno de los protagonistas de estas historias, permiten valorar la construcción del Estado de California dentro de un marco de brutalidad y furor.

Mas los choques y conflictos entre grupos no fueron monolíticos durante el periodo –este es uno de los argumentos principales de libro–, pues sus características en el tiempo dan cuenta de las dinámicas sociales en acción. Por ejemplo, los disturbios y violencia en el poblado de Chilecito, zona periférica dentro de la nueva ciudad de San Francisco en 1849, habitado principalmente por chilenos y reconocida como un foco de prostitución, da cuenta del odio de ciertos grupos contra los latinoamericanos. El ataque perpetuado por una banda angloamericana –los “galgos”– tuvo como objetivo vengar la muerte de uno de los suyos y saquear esta localidad. En su defensa, el representante de este grupo abogó por establecer restricciones contra la presencia extranjera en California (p. 73). Otro caso semejante que desarrolla el autor es el del ajusticiamiento de Josefa, una mujer de Sonora, en 1851, hallada culpable del asesinato de un minero estadounidense en extrañas circunstancias. A diferencia del caso de Chilecito, su ejecución cumplió con las formas legales que imperaban en aquella época. La sociedad civil organizada tuvo las facultades de hacer justicia y velar por el orden, y en el caso de Josefa, se le ejecutó el mismo día de ocurridos los hechos que se le impugnaron. La lectura de Fernando Purcell sobre este episodio da cuenta –a partir de una interpretación que evoca la mentalidad colectiva– de un persistente y hondo racismo entre los miembros del tribunal popular, los cuales “seguro creían en el destino manifiesto, o por lo menos consideraban que los mexicanos eran personas inferiores y vulnerables” (p. 99). Este tipo de relación discriminatoria contra extranjeros, en particular latinoamericanos, por parte de la autoridad se vuelve diáfana en la ley de “El impuesto al minero extranjero” de 1850. Impuesto que estableció mecanismos de discriminación entre grupos de inmigrantes y que tuvo como finalidad, si bien de forma solapada, la ulterior expulsión de alguno de ellos (p. 124). Este impuesto alienó la población migrante entre los considerables como blancos (a los que rara vez se le cobraba el impuesto) y el resto. Es esta perspectiva horizontal uno de los puntos altos de esta obra por cuanto trae a la palestra los derroteros de comunidades de migrantes vecindadas en California, pero que experimentan, en un periodo de pocos años, profundos y opuestos cambios en su inserción social.

El caso irlandés y su proceso de “blanqueamiento” significó una mayor (no total) integración con la sociedad y política angloamericana. Esto se vio reflejado en el cambio paulatino, desde la mantención de los vínculos de solidaridad inicial y apoyo mutuo entre grupos de migrantes, a un modo que enfatizó el sentido de pertenencia irlandés a la sociedad estadounidense reflejado en el vehemente rechazo a la inmigración de otros grupos étnicos (como los chinos). Como escribe el autor: “no es posible comprender a cabalidad la fiebre del oro sino tomada como una historia marcada por las relaciones

interétnicas, incluyendo aquellas desarrolladas entre angloamericanos y otros grupos, como los irlandeses, los que fueron expresados con mucha claridad durante los años de búsqueda frenética de oro” (p. 139).

Lo anteriormente expuesto le permite a Purcell presentar en los últimos capítulos el ocaso de la sociedad minera una vez que el oro se agotó. Chilenos y mexicanos continuaron sufriendo discriminación por motivos raciales, acentuando su condición marginal en la sociedad californiana. Mas, dentro de dicha marginalización, estos grupos estrecharon los vínculos de solidaridad entre ellos, consolidando una comunidad “hispana”, la cual aumentó su presencia en la arena pública a partir de las guerras contra Francia y España en la década de 1860.

¡Muchos extranjeros para mi gusto!, en su riqueza de ideas y fuentes utilizadas, es una obra que pudo verse beneficiada de un marco teórico más robusto sobre el fenómeno de las migraciones internacionales, que llevara al autor a cuestionarse otras variantes importantes como el papel del grupo familiar, la existencia de redes preexistentes de acogida, las dinámicas propias de grupos migratorios, las condiciones materiales que facilitarían la partida, entre otros aspectos. Igualmente, y sin quitarle mérito a un trabajo historiográfico sólido, la omisión de ciertas tendencias más recientes en la literatura sobre la migración mexicana en California, como los trabajos de Alexandra Délano y Rachel St. John, puede llamar la atención a los lectores versados en el tema. En cuanto a los aspectos formales, la edición del Fondo de Cultura Económica es de gran nivel, aun cuando se extraña la incorporación de un índice onomástico que facilite la lectura crítica del texto y de algunos mapas que permitan ubicar con mayor facilidad poblados para el lector no familiarizado con la geografía de California y el noroeste de México.

Como se ha indicado, esta obra es un valioso aditamento a los estudios sobre la construcción del Estado de California durante los años posteriores a la fiebre del oro y sobre la memoria histórica de los grupos de inmigrantes, en especial chilenos, mexicanos e irlandeses, que participaron de ella. El estudio de casos específicos sobre las fricciones raciales y desafíos que presenta la migración internacional en Estados Unidos, temática de inagotable interés, y su prosa directa y clara, hacen de este libro una lectura bienvenida para un público amplio. Su impresionante uso de archivos en diversas locaciones y países junto con una discusión detallada de la literatura atingente nos lleva, también, a recomendarlo, quienes posean un interés académico sobre los episodios tratados.

PEDRO IACOBELLI
Instituto de Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile

CHRISTOPH ROSENMÜLLER Y STEPHAN RUDERER (eds.), *“Dádivas, dones y dineros” Aportes a una nueva historia de la corrupción en América Latina desde el imperio español a la modernidad*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana Vervuert, 2016, 245 páginas.

Un viejo problema está de vuelta. Entre los historiadores, el debate sobre la corrupción ha sido recurrente, aunque discontinuo y, por varias razones, no se le ha otorgado un

lugar singular o específico dentro del amplio espectro de la historiografía actual. Posiblemente, ello se deba a que el interés por estudiar la corrupción ha sido más bien episódico, mediado por las coyunturas de escándalos que existen en la sociedad actual. Esto inhibió la posibilidad de asumir un programa de investigación sobre la base de conceptos más refinados, y tal vez menos reflejados ideológica y moralmente por nuestras propias percepciones sobre la corrupción. En tiempos de “posverdad” y la sensación de una corrupción generalizada tanto en el ámbito local como global, sospechamos que el tema esta vez ha vuelto para quedarse y, al menos, es de eso que nos habla esta interesante publicación coordinada y editada por los profesores Christoph Rosenmüller y Stephan Ruderer, y secundada por otro vasto conjunto de consolidados investigadores que irrumpen desde sub-campos historiográficos hoy no tan distantes entre sí, como la historia política, historia cultural y la historia del Derecho. Este libro tiene sus orígenes en el marco de un simposio del congreso de AHILA celebrado en Berlín el año 2014, y cuenta con contribuciones que permiten repensar el problema de la corrupción a partir de nuevas aristas. Desde el punto de vista cronológico-espacial, es una propuesta amplia, que aborda el caso de América Latina desde una perspectiva global, a contar del Antiguo Régimen hasta los tiempos modernos, adentrándose en el siglo xx.

Aunque los diez ensayos que componen el cuerpo del texto no están previamente clasificados, una mirada somera al índice sugiere un ordenamiento basado en la cronología. No obstante, los capítulos se pueden agrupar en tres grandes ámbitos: los trabajos relacionados con el Antiguo Régimen y la sociedad colonial americana; los del siglo xix divididos en tres grandes áreas (Perú, Río de la Plata y México) y un único caso para el siglo xx, basado en Venezuela.

Christoph Rosenmüller y Stephan Ruderer introducen este libro, refiriéndose al debate teórico que estimula esta publicación. Aquí se relevan algunos de los hitos más importantes en la discusión historiográfica sobre la corrupción en el espacio iberoamericano, tomando como punto de partida la década de 1950, lo que coincide con las Ciencias Sociales en general. Los autores señalan que fue una generación que difícilmente pudo desapegarse de la carga moralizante implicada en el “problema del observador”. Para el caso del Antiguo Régimen, a contar de 1980, se desarrollaron algunos estudios vinculados a temáticas como el clientelismo, la compra de cargos judiciales o el abuso de poder, cuya corriente que todavía reconocemos como vigente, sobre todo a partir del renovado interés por redes sociales y familiares. Señalan que el periodo histórico entre el siglo xix y la segunda mitad del siglo xx, constituyó un terreno carente de investigaciones sobre la corrupción, debido a cierta tendencia que naturalizó el fenómeno dentro de una mirada que reducía el carácter democrático de las nacientes repúblicas liberales, y que, además, se sustrajo de participar de un diálogo demasiado dominado por las ciencias políticas y económicas; ello explicaría –en parte– porque los estudios de la corrupción en la perspectiva de la cultura política no fueron considerados. Estamos de acuerdo en esta afirmación, y agregaríamos también que, en América Latina, existió desigual grado de interés por la materia, ya que el foco de este problema, estuvo puesto en sociedades cuyos rasgos de “corrupción endémica” eran más intensos y llamativos, limitando su análisis a tratarlo como un supuesto síntoma derivado del subdesarrollo cultural e institucional de dichos países.

A partir de lo anterior, los autores claman por una “nueva historia de la corrupción”, que tiene su símil europeo en trabajos como los de Jens-Ivo Engels, que se interesa

no solo por las prácticas corruptas o los escándalos sino, también, en el modo en que la comunicación sobre corrupción (discursos en torno a ella) entrega pistas sobre las transformaciones políticas e institucionales en el marco de la producción de sociedades modernas, el significado de sistemas de valores que rigieron esas sociedades y el uso político de la acusación pública de corrupción. En gran medida, se trata de evitar un concepto “esencialista” de corrupción, apuntando a uno que atienda a cada contexto. Señalan la posibilidad de “operativizar” una idea más amplia al respecto, como la que propone James Scott, que entiende que el estudio de la corrupción es posible sobre la base de tres condiciones: a) abuso de un puesto público; b) existencia de normas y leyes que determinen el abuso; c) debate público acerca del abuso, ya que, sin ello, la corrupción pasa desapercibida. Como veremos más adelante, este concepto no puede ser aplicado de forma mecánica, puesto que introduce importantes dilemas respecto a la idea de lo público, el valor de las normas y las leyes, y la configuración de un espacio de debate.

Desde este punto de vista, la corrupción también se refiere a un proceso autorreflexivo donde la sociedad discute, tensiona o negocia, la vigencia de sus valores y sus normas principales, sobre todo las que se subentienden en el ámbito de lo político. Este enfoque sostiene la comprensión de un campo dinámico, sobre todo en un contexto en el que las acusaciones remiten a un ideal de perfección política y probidad que también están cambiando. En resumidas cuentas, estos trabajos aluden a la necesidad de considerar la “comunicación sobre la corrupción” como una posibilidad de comparar fenómenos con el fin de obtener pistas en torno a los valores y normas de una sociedad. De este modo, despliegan su esfuerzo hacia superar una historia de escándalos, y formular explicaciones para entender la constitución y el funcionamiento de la sociedad en general.

Una breve síntesis de los ensayos puede dar pista de las múltiples aristas que abordan estas investigaciones. El compendio inicia con el texto de L. Miguel Costa, que trata sobre el gobierno del virrey conde del Villar (1585-1890) y sus relaciones conflictivas con las elites locales, a partir de lo que el autor sugiere entender dichas prácticas políticas a la luz del concepto weberiano de Estado patrimonial, y la trama de relaciones de patronazgo que reforzaban este tipo de autoridad tradicional. Posteriormente, Christoph Rosenmüller analiza entre la segunda mitad del siglo xvii y el reinado de Carlos III (a fines del siglo xviii), la transformación de una “corrupción innata”, ligada a las restricciones para el ejercicio de judicaturas y cargos a quienes no poseían “mérito” –noción exclusivista que reservaba estos atributos a los nobles y limpios de sangre– hacia una “corrupción performativa” que valoró condiciones como la educación formal, la experiencia y el rendimiento; dichos elementos habrían producido una abierta querrela entre las elites tradicionales y los grupos sociales emergentes respecto a las formas de entender cómo se corrompía la justicia, tensionando las categorías del pluralismo jurídico ante las prerrogativas del poder real de los Borbones. En el trabajo de Guadalupe Pinzón se analiza la noción de corrupción asociada a la “postura maliciosa” de las actividades portuarias en el puerto de Acapulco en 1766, a propósito de la visita del castellano Teodoro de Croix, lo que permite un análisis de diversas formas de ilegalidad, contrabandos y niveles de corrupción, donde intervenían distintos agentes del lugar. Este primer conjunto de trabajos, tiene su propio “epílogo”, con el aporte de Horst Pietschmann, quien se refiere a los diversos contextos sociales, políticos e intelectuales que predominaron

sobre el debate de corrupción colonial en Hispanoamérica a lo largo de su carrera. Con gran erudición, el autor retoma diversas materias en discusión, donde sugiere formularse nuevas y mejores preguntas, convocando a los historiadores jóvenes a profundizar en este complejo asunto.

El siglo XIX es abordado por Pablo Whipple, quien analiza los intentos de reforma al sistema judicial peruano a contar de 1841 y, en particular, el controversial proyecto de defensa libre que pretendía que los ciudadanos ejercieran su propia representación en tribunales, sin la necesidad de abogados, lo que estimuló un debate legislativo y en la prensa, donde las acusaciones de corrupción se cruzaban entre quienes denunciaban el monopolio y la situación de privilegio de abogados (sobre todo desde aquellas zonas más distantes del país donde era difícil conseguir un letrado); y los propios abogados, quienes se veían como garantes del Derecho y agentes civilizadores ante una sociedad atrasada e ignorante. El trabajo de Stephan Ruderer analiza las diferencias de percepción de corrupción en dos escenarios políticos semejantes, pero distintos, como eran Argentina y Uruguay en la segunda mitad del siglo XIX, donde el binomio “corrupción-violencia” funcionó como una justificación del *mal menor*. En Argentina, dice este autor, se condenó fuertemente un tipo específico de corrupción (el fraude electoral), y para combatirlo se legitimaba el uso de la violencia; mientras que, en Uruguay, si bien se asumió la existencia de fraudes electorales, se protegió la integridad institucional en desmedro de la violencia, que solo fue justificada para castigar casos de corrupción administrativa. También para el caso argentino, Inés Rojkind analiza la coyuntura de la crisis y caída del presidente Miguel Juárez Celman, y el surgimiento de la idea de un “triumfo moral del pueblo”, discurso que fue utilizado para representar tanto la imagen de un gobierno corrupto (y el descrédito público del ex Presidente) y la idea de “restauración de la vida institucional” por parte de sus sucesores, señalando que se trataba de una apuesta riesgosa que engendró expectativas, sin cerrar definitivamente la raíz del conflicto que llevó a la crisis.

El caso de México es tocado por dos interesantes trabajos que giran en torno al concepto de “honradez”. El primero, de Andrés Reyes Rodríguez, analiza la figura de Rafael Arellano Ruiz Esparza, gobernante de Aguascalientes durante el periodo del porfiriato, y quien habría sido “un gobernante honrado”, lo que constituía una situación inusual en un contexto político bastante corrupto. El autor cuestiona si se trata de una actitud comprobable o, bien, un mero reflejo del orden y estabilidad de este periodo, por lo que sostiene que la virtud de Rafael Arellano habría sido más bien el logro de la proyección de esa imagen pública, en marco de regímenes personalistas, donde el control político requería de formas “no violentas” de legitimación. El otro trabajo corresponde a Jürgen Buchenau, quien enfoca su atención en los líderes de la facción sonorenses y triunfadores de la Revolución mexicana, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, quienes tradicionalmente fueron reputados como gobernadores corruptos. De acuerdo con este autor, es posible matizar esta afirmación, reconociendo que tuvieron pocas oportunidades para el enriquecimiento personal, debido a los fuertes y frágiles compromisos políticos que debieron administrar, lo que puso en tensión la relación elemental entre poder político y éxito económico cifrada para este periodo. El compilado concluye con el trabajo de José Alberto Olivares, quien señala que a partir del golpe de Estado de 1945 (también conocido como la Revolución de octubre), se estableció una entidad llamada Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa, cuyo objetivo era perseguir los exce-

sos cometidos por los funcionarios del gobierno anterior; aquello derivó en acusaciones sobre gente honesta y de buena fama, como Román Cárdenas, reconocido reformador de las finanzas públicas, y quien después de este proceso resultó librado de todo cargo e imputación. Pese a ello, el autor señala que esta coyuntura significó la crispación del ambiente político en el trienio de 1945-1948 y, a la postre, uno de los elementos que contribuyeron al fracaso del gobierno revolucionario de Rómulo Betancourt.

Podemos ahora referirnos a algunos puntos clave de esta compilación, que se refieren a tres asuntos principales: los aportes significativos de los ensayos, los temas transversales que se infiltran en los diversos trabajos y aquellos elementos presentes que posiblemente resistan una vuelta más, es decir, que pueden matizarse o mejorar.

En primer lugar, es significativa e interesante la diversidad de contextos, espacialidades y temporalidades, niveles de análisis y estrategias metodológicas utilizadas para abordar un problema que, por lo visto, tiene múltiples aristas y no es un objeto unidimensional. Si bien la mayoría de los trabajos aborda un contexto específico, a veces con una narración pormenorizada de los conflictos y escándalos, es también valorable la tentativa por despegarse del acontecimiento y ofrecer una lectura depurada sobre los cambios en la percepción sobre corrupción, lo que —a la usanza de la historia conceptual— nos vuelve más consciente de la historicidad de las sensibilidades políticas respecto a este problema. Por otra parte, aunque en estos ensayos predomina una mirada sobre local-coyuntural, la mayoría de los trabajos dialoga igualmente con una dimensión más amplia y global, que atiende a las formas de circulación de agentes y saberes en el espacio transatlántico, el modo de incorporar o adecuar las grandes tendencias políticas en boga y el inexorable peso de la modernización. Finalmente, considero que un aporte sustantivo de este trabajo es la multiplicidad de recursos documentales con que los autores abordan sus temas en específico. A quienes nos ha interesado el tema de la corrupción, sabemos que el tema de las fuentes constituye un primer escollo a superar, por lo que muchos historiadores desisten de pensar investigar la corrupción en perspectiva histórica al no encontrar “causas judiciales” que aparezcan tipificadas bajo este rótulo. Otro autor, Alfonso Quiroz en su historia de la corrupción en Perú, discute algunos de estos prejuicios (basados, sobre todo, en el carácter esquivo de las fuentes o su poca confiabilidad). Los autores de esta compilación dan testimonio de aquello, demostrando que existen numerosas fuentes para estudiar el tema, tanto en el ámbito colonial como en el periodo republicano, y que la “comunicación sobre corrupción” es un elemento útil para formarse una imagen sobre los valores en disputa dentro de cada sociedad.

Algunos temas transversales a toda la publicación son, por ejemplo, la noción de Estado, el papel de los agentes formales e informales y, en torno a ambos ejemplos, la tensión que esto genera ante el concepto de “corrupción” que se propone en la introducción de este libro. El problema del Estado es, a mi entender, el más relevante de todos, puesto que desde hace algún tiempo la categoría ha sido sometida a cuestionamiento, sobre todo aquella visión que enfatiza las atribuciones nomológicas de este concepto y, más particularmente, el tipo ideal weberiano de Estado. Algunos historiadores “críticos” del Derecho, como Bartolomé Clavero o Carlos Garriga, señalan la imposibilidad de pensar las lógicas de poder del Antiguo Régimen tomando como referencia la existencia (o no) del Estado, atribuyendo a esta posición la idea de un “paradigma estatalista” que desvirtúa la capacidad de comprender los fenómenos al margen de si son anomalías

respecto al orden deseable dentro de dicha categoría. En su contribución en este libro, Pietschmann va todavía más lejos y señala que es necesario reflexionar, incluso, sobre la categoría “imperio”. ¿Qué significa aquello, en términos de la distribución del poder, dentro de un vasto espacio como el iberoamericano? A su vez, Rosenmüller reconoce la existencia de un pluralismo jurídico, que posibilitaba la existencia de varios campos normativos (leyes, costumbres, fueros) operando en el mismo ámbito. Sostengo que, si bien esta crítica ha sido formulada sobre todo para la historiografía política y jurídica de los siglos xvii y xviii, buena parte del siglo xix ofrece los mismos problemas, dado que el Estado es un proyecto y no una realidad dada; es un “proceso de construcción”, sobre la base de un ideal que fomenta un discurso de estabilidad y orden institucional, pero que, en el dominio práctico, es un mero telón de fondo, un asunto “performativo”. También se recuerda al recientemente fallecido Juan Carlos Garavaglia quien sostuvo, en uno de sus últimos proyectos, que el Estado no era más (ni menos) que una serie de tramas y relaciones sociales, y que la idea weberiana de burocracia no existió en América Latina sino hacia fines del siglo xix.

Lo anterior nos lleva al segundo punto: el papel de los agentes formales e informales, y sobre todo el lugar que ocupan dentro o fuera de las instituciones. Si es posible debilitar una parte de la noción de Estado que utilizamos dentro del análisis, podemos suponer que los límites de lo institucional son bastante difusos. En ese sentido, los agentes funcionarios y sus acciones cotidianas constituyen la base para entender las facetas de la corrupción. En el caso examinado por Guadalupe Pinzón, el fundamento de la problemática está en entender el comportamiento de los mercaderes mexicanos y filipinos, con los funcionarios del puerto de Acapulco. El peso de sus relaciones sociales fomentaba un tipo de actividad que se transformaba en una especie de regla en función al exceso. De manera más nítida, el trabajo de Pablo Whipple demuestra, por ejemplo, la función interlocutora que cumplían los tinterillos en el despliegue de la acción monopólica de los abogados en el Perú del siglo xix, en aquellos lugares y contextos donde la presencia de un letrado se hacía insostenible. En tal sentido, el uso de los agentes informales permitió un despliegue de la función organizadora (e institucional) más allá de la factibilidad correctiva y civilizadora que los propios abogados defendieron como discurso. Lo anterior nos lleva a pensar el modo en que estos agentes –incluso, los abogados– aparecen ineludiblemente ligados a la suerte de las instituciones. Este tipo de articulaciones no debe reemplazar o subsumir el análisis de lo social por sobre lo institucional, sino que comprender que buena parte del proceso de institucionalización se erigió sobre la base de estos límites informales e imprecisos.

Ambas problemáticas impactan de lleno al concepto de corrupción fundamentado en lo señalado por James Scott, pues ante la definición de unos límites imprecisos de lo institucional, la inexistencia de una esfera de opinión pública, y de agentes que atienden normas formales como informales, el asunto se torna complejo: ¿Es posible hablar de la corrupción sin Estado, sin opinión pública? Sostengo que sí es posible. Este concepto de corrupción (el de James Scott), todavía responde a los márgenes establecidos por las Ciencias Sociales, que utilizan una noción retroproyectiva de lo institucional-estatal para definir el ámbito de la corrupción. Quizá, por esta misma razón, es que en este libro no hay trabajos sobre la primera mitad del siglo xix, momento en el que los nacientes Estados americanos todavía tienen que lidiar con problemas demasiado cotidianos como

para definir aquello que se tornaría distinguible más adelante. Es una tensión no resuelta, y sospecho que es posible ampliar lo intrainstitucional y promover, dentro de esta “nueva historia de la corrupción”, una mirada que enfatice las dinámicas de reciprocidad dentro y fuera de las instituciones, desde lo sociocultural y considerando no solo a partir de los discursos sobre corrupción sino, también, cómo esto impactó en el dominio de las prácticas y en la transformación de la cultura política y de la sociedad en general.

En último término, quisiera anotar algunos elementos que hubiesen favorecido a esta publicación. Aunque se valora una narración que relacione de manera extensiva los hechos de cada caso, es propio de las compilaciones un desigual arreglo a las proposiciones teóricas que se realizan en la introducción, pues no en todos los ensayos se observa atención hacia los problemas generales que orientan este trabajo. En el mismo sentido, quizá hubiese sido interesante un balance final o epílogo (no a la manera de Pietschmann, por supuesto, cuyo título insinúa su renuncia a seguir involucrándose en el tema), que pusiera en equilibrio algunas de estas ramificaciones conceptuales. De todos modos, son elementos que de ninguna manera afectan la calidad de esta publicación y el innegable aporte de estos autores al debate sobre la historia de la corrupción, lo que constituye un estímulo importante para futuras investigaciones en torno a esta problemática.

NICOLÁS GIRÓN ZÚÑIGA

Programa de Doctorado en Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile.
Facultad de Derecho, Universidad Andrés Bello

Neil Safier, *La medición del Nuevo Mundo. La ciencia de la Ilustración y América del Sur*, Madrid, Fundación Jorge Juan y Marcial Pons Historia, 2016, 452 pp. Edición en inglés 2008.

Publicado en la colección Ambos Mundos de Marcial Pons, cuyo objetivo es atender a las relaciones entre los que llaman “dos hemisferios geográficos y conceptuales” desde perspectivas “atlánticas o globales”, todo lo cual habla de la posición eurocéntrica de su línea editorial, el estimulante libro del historiador de la ciencia estadounidense, además director de la John Carter Brown Library, Neil Safier, en mi opinión refleja de manera muy adecuada el sentido de la serie de estudios históricos que también pretende “recoger las relaciones entre orden natural y orden social, así como las que se establecen entre ciencias y letras”. Un “espacio fronterizo”, se declara, calificado de “híbrido”, siguiendo conceptos esenciales de la llamada historia cultural, y también “problemático”, como por lo demás se reconoce es el mundo que nos toca vivir, aunque, seguro, esta sería una característica que los contemporáneos atribuirían a “sus mundos” en todos los tiempos, los europeos también.

Ya en su título el trabajo insinúa quién será el sujeto protagonista y cuál el objeto, y valga la redundancia, objeto de la acción de ese actor principal que son los científicos europeos ilustrados. Sí, porque, aunque Neil Safier pretenda hacer de América un

“laboratorio moderno de ciencia experimental”, relevando a la sociedad y la geografía americanas a algo más que exotismo y naturaleza, lo cierto es que ellas permanecen esencialmente como hecho y realidad observable, mensurable. Primero como un campo en el que los ilustrados despliegan sus prácticas científicas, que también son sociales y políticas para, más tarde, una vez de regreso en Europa, transformarse en antecedente, vestigio, fuente, descripción o dato de que echar mano para argumentar en las polémicas, sostener una carrera académica o sobrevivir y destacar en medio de las “pasiones intelectuales” de la época, todos elementos de un contexto también político, social y cultural.

A través de sucesivos capítulos que tratan de las pirámides que Charles-Marie de La Condamine levanta en el Ecuador en conmemoración de la verdad científica; su viaje por el Amazonas rumbo al Atlántico, resultado del cual se apropia e invisibiliza el conocimiento existente sobre el río; las reacciones que su relato desata y las críticas a las generalizaciones que contiene; las alternativas de la publicación del mapa de Pedro Vicente Maldonado de la provincia de Quito; la crítica a la forma en que Jorge Juan y Antonio de Ulloa representan a los indios de Quito en su *Relación histórica del viaje a la América Meridional*; la reedición de la historia de los incas del Inca Garcilaso de la Vega, en relación con el malestar social en Francia; y, finalmente, el uso que hacen los ilustrados y, por lo tanto, la *Enciclopedia*, del saber sobre diversas especies americanas, el autor construye un texto que en último término no solo muestra las trayectorias del conocimiento y el papel de América en la academia europea, sino sobre todo las prácticas científicas de los sabios ilustrados destinadas a adquirir legitimidad, prestigio y poder.

Un libro en el que se contraponen lo exótico y lo cotidiano, en el que se interpreta la ciencia como espectáculo, se identifican nuevos espacios y nuevos públicos destinados a divulgar y apreciar el saber y, sobre todo, en el cual se muestran las prácticas de los hombres de ciencia que, aunque tengan como escenario América, son propias y principalmente resultado de una época y un contexto imperial, central, europeo. Un texto con historias curiosas y relaciones ingeniosas y agudas, siempre fundadas, todas al servicio de una explicación sobre las formas y estrategias de producción europea de conocimiento científico.

Lo primero que habría que destacar de este texto es el método de aproximación a su tema: lecturas puntuales de episodios, situaciones y hechos motivados o derivados de la expedición que la Academia de Ciencias de París envió al Ecuador en 1735 con el propósito de medir el valor de un grado del meridiano terrestre y así acopiar evidencia fáctica que permitiera resolver la polémica entre cartesianos y newtonianos sobre la real forma de la Tierra. No se trata, por tanto, de un relato lineal, y menos de la descripción de hechos o de una serie de acontecimientos dispuestos cronológicamente; sino que de la presentación de temas y problemas de una forma analítica e interpretativa, fundada en vestigios documentales, materiales e inmateriales, que permiten una reflexión sobre sus implicancias en un contexto más bien simbólico. En el cual resulta esencial el concepto de representación, tanto de la realidad natural, de América, de fenómenos de la naturaleza, de elementos gráficos, de gestos, usos y costumbres, pero sobre todo de las prácticas de los científicos, editores e impresores, entre otros actores del mundo intelectual de la Ilustración en el París del siglo XVIII.

También resulta interesante la escala en la que enmarca su trabajo, pues ofrece las prácticas y resultados de la exploración científica que llevaron adelante sujetos como Charles-Marie de La Condamine, protagonista absoluto de la obra, desde una perspec-

tiva a ras de la tierra, en una escala uno/uno, a través de un lente amplio, que permite ver el suelo; diferente, por ejemplo, a la elevada perspectiva con que corrientemente se analizan expediciones como las de Alejandro Malaspina y Alexander von Humboldt, y en virtud de las cuales en ocasiones la naturaleza americana queda convertida en una abstracción absoluta, por ejemplo, como “física de la monarquía”, en el caso de la comisión malaspiniana; o en el “cosmos” humboldtiano. Ciertamente se ha mostrado también a un Humboldt más concreto, que mide y siente en un espacio circunscrito como el de la meseta castellana en la España imperial, aunque claro, en este agudo caso, en medio de un contexto muy lejano al americano y su condición periférica y colonial.

Debe valorarse también en esta investigación el uso de fuentes más allá de la escritura y el papel y, por lo tanto, de los libros y archivos; mostrando la obra una amplia gama de posibilidades de “probar” a través del uso de no solo la naturaleza que los ilustrados exploraron, también de muy heterogéneos vestigios, en los más diversos soportes, particularmente los gráficos, además del uso de ceremoniales y monumentos materiales, por solo mencionar algunos a título de ejemplo y muestra de heterogeneidad documental. En este contexto, esta dilatación de las fuentes para el estudio de las expediciones científicas europeas en el Nuevo Mundo hace posible la consideración de las producidas en América por sus habitantes, superando la limitación que muestran la mayor parte de las obras de los especialistas europeos sobre el quehacer de los científicos ilustrados en América, las cuales, sencillamente, no aluden, porque tal vez no conocen, pues no buscaron, las reacciones de los “americanos” a la presencia de los europeos. Olvidando los numerosos acervos, colecciones y registros que en América dan cuenta del paso de los exploradores. Esta virtud de la obra que comentamos no bastó todavía, en mi opinión, para transformar a América y su sociedad en sujeto de la historia, pero por lo menos constatamos que la intención existió y, tal vez, para algunos de los lectores de esta aguda obra, incluso se logró.

Representaciones y actitudes resultan claves en un texto que a través de los viajeros “empiristas” cultiva la historia social y cultural; que se pregunta, ¿cómo circula el saber?; que busca identificar los intermediarios del proceso de transferencia del conocimiento científico; que muestra el desplazamiento de la ciencia europea hacia una América que, sin embargo, en la visión del historiador tal vez se muestra demasiado pasiva; pero que también señala algunas de las reacciones locales ante las prácticas europeas, aunque lo anterior suponga una concepción de la ciencia como espectáculo, una estrategia, se interpreta, para cautivar a las poblaciones locales cuya única instancia de participación en el quehacer científico sería entonces como espectadores.

El libro se concentra más que en los resultados de la expedición, en los protocolos, rituales, prácticas, usos y métodos de quienes formaron parte de ella, en particular de los protagonizados o generados por La Condamine. Es una investigación atenta a mostrar los nuevos escenarios en que se desenvuelve la ciencia ilustrada y las prácticas inéditas que estos generan, interpretándolos como lugares de experimentación, de ciencia fáctica, empírica, en los que los sabios deben adecuarse a las condiciones locales, muchas producto de manifestaciones culturales difíciles de comprender a la luz de la razón.

Sin olvidar la dimensión global de las prácticas científicas, Neil Safier analiza las destinadas a lo que se interpreta como una conmemoración científica trasatlántica a través de la construcción de una pirámide cuyo sentido es dejar memoria de la práctica

ilustrada europea en el Ecuador. Una iniciativa que, por la situación, contexto y las características de los involucrados, termina convertida en un verdadero drama científico, solo comprensible a la luz de conceptos como representación y escenario. Donde los que representan son los europeos y el proscenio América. Un análisis que señala sitios, lugares y realidades naturales como hitos científicos y, por eso, necesarios de conmemorar, al tiempo que muestra, explica, interpreta la tensión entre el texto y el monumento que dan forma a la conmemoración. Todas, parte de las azarosas aventuras en América del “astrónomo errante” en que se convierte La Condamine, una representación del científico que se nutre también del registro gráfico que este hace de su viaje, una práctica indispensable para alcanzar el deseado reconocimiento en su Europa natal.

Ejemplos también de los intereses universales de la “ciencia”, entre ellos la gloria nacional e imperial, una motivación simbólica que la dota de significados y subjetividades que se materializan en representaciones a través de metáforas y atribuciones, en último término convenciones reflejadas en las pirámides conmemorativas. Un libro que, de este modo, más que “hechos ciertos”, ofrece los atributos de los actos ejecutados por los científicos que le permiten pasar al historiador de lo fáctico a lo simbólico.

Una historia que trata del tema de la autoría a través de diversos ejemplos, que alude a las estrategias de los hombres de ciencia, entre ellas, como se demuestra a lo largo de la obra, la apropiación del conocimiento ajeno, anterior, precedente. Muchas veces de origen americano. Una disputa por la precedencia, el prestigio y la legitimación académica y científica en Europa y, por lo tanto, condicionada por el contexto y usos del “centro”, que se sirve del saber sobre América que de este modo permanece como objeto de observación y representación, por ejemplo, a través de los mapas, ahora concebidos como artefactos de la práctica científica.

En soportes que transitan entre la narración histórica y la memoria científica, los ilustrados ofrecen sus experiencias, mudando sus formas textuales, permitiendo al historiador, a través del estudio de la trayectoria de los textos producidos, identificar sus estrategias de autor. Todo lo cual permite a Safier adentrarse en el tema de la apropiación, las experiencias y juicios de terceros, en definitiva, el aprovechamiento del saber ajeno. Entre ellos del americano, que resulta de este modo invisible para el público europeo debido a las prácticas científicas, interpretadas como cotidianas, de los ilustrados. Una verdadera “máquina” académico-científica como él señala. Que de esta forma se ocupa de las estrategias propias de los científicos, legitimadas, empíricas y narrativas, también de las impropias, a través de las cuales se apropian y difunden el conocimiento. Un saber muchas veces efímero, en ocasiones más mito que conocimiento, que tiene en la cartografía y la geografía sus manifestaciones más elocuentes.

El estudio de las reacciones ante la relación de La Condamine de su periplo por el Amazonas, las múltiples lecturas, interpretaciones y significados que se le pueden atribuir a un relato, mapa, objeto o vestigio, lo muestran como prototipo de muchos autores europeos que escriben y publican sobre América, siendo reconocidos como autoridad, aunque sus textos sean incompletos, parciales o definitivamente inexactos. Pero que se sustentan por la fama del autor, el prestigio del editor o el ambiente y contexto en el que se publican.

El capítulo de Neil Safier destinado al mapa de Quito del sudamericano Pedro Vicente Maldonado resulta un notable y prolijo ejercicio metodológico, en el que el análisis textual de las diversas versiones de la representación, identifican no solo las prácticas

de La Condamine, destinadas a obtener preeminencia y autoridad, algunas de ellas totalmente ajenas a los deseos del autor original, también la red de intereses y complicidades desplegadas para hacer circular el saber y obtener prestigio, incluidas las liberalidades que se otorga el grabador de la carta. Así, aparecen la historia del plano, las alternativas de su ejecución, las representaciones de que es objeto, los significados que se le atribuyen, el papel en el proceso del principal beneficiado con él, La Condamine, también el método de Safer para reconstruir una trayectoria plena de significados. Entre ellos, el de la conciencia geográfica europea. Pero, sobre todo, del mapa como campo de batalla y, por lo tanto, realidad alterada por los afanes de fama, por las prácticas académicas de los científicos en permanente lucha por el reconocimiento académico, social y político. Y donde la realidad americana representada, en este caso Quito, resulta un accidente, un objeto maleable, entregado al antojo y necesidades de los intereses ilustrados.

En medio de un contexto en el que la observación científica se ofrece como ámbito de la disputa imperial, por ejemplo, entre Francia y España, el libro, además, muestra la política del secretismo español como una práctica inútil, ridícula, a la luz de las eficaces formas de circulación del saber existentes en el siglo XVIII. También explica la producción intelectual sobre la “naturaleza” y sociedad americanas como una oportunidad para la crítica de instituciones, prácticas, imperios y personalidades. El caso de la historia de los incas reeditada en 1744 por el Jardín del Rey, no solo refleja lo dicho, también añade una nueva práctica académica eurocéntrica, imperial y política. En medio de la crisis francesa, los incas se ven representados como sociedad modelo, no por serlo efectivamente, sino que como parte de una estrategia política de los editores para hacer presente su disconformidad.

El talento de Neil Safer, y su preocupación por el quehacer de los académicos, muestra la evolución del texto del Inca Garcilaso, de crónica estática a dinámico recipiente de investigación empírica, a través de la cual se analizan las estrategias tipográficas como reflejo de intereses y objetivos editoriales. Pero también de jerarquías y significados en tanto el texto pasa de crónica a tratado, de espacio tipográfico a espacio ideológico, de la tierra americana a la imprenta parisina, de la riqueza material a la potencialidad práctica del conocimiento, mostrando, anticipándose, a la posibilidad de la solución de los problemas europeos en la abundancia americana. En fin, un libro que también interpreta los gabinetes y jardines, dotados con abundantes objetos y especies americanas, como modos de exhibición atentos a satisfacer la necesidad de espectáculo del público. Dando forma a otra manera de reproducir, narrar y significar, de representar el conocimiento, tal vez el tema principal de la obra.

Un libro que entre otras muchas virtudes tiene la de identificar numerosos y heterogéneos temas y problemas propios de la historia social y cultural de la ciencia. Todos en la actualidad objeto de preocupación de los estudiosos, entre ellos: los procesos instrumentales, prácticas geodésicas y métodos cartográficos, incluida la triangulación geométrica; la práctica de la ciencia empírica en un contexto colonial; la circulación de objetos naturales; el papel de los viajeros científicos en la recolección y transporte de especies; la materialidad de los productos de la naturaleza; la expansión biológica y científica de Europa y sus efectos ecológicos; la práctica de la etnografía y cartografía modernas; las condiciones materiales del desplazamiento del conocimiento en el siglo XVIII; el laboratorio científico como lugar de producción del saber; las condiciones, for-

mas y características de la producción de conocimiento natural; la autoría científica en la Ilustración; las relaciones entre ciencia e imperialismo; las prácticas conmemorativas, los sistemas de símbolos, la inscripción y materialidad del viaje científico; los jardines geográficos; la necesidad de asegurar la confiabilidad de la información a distancia; los actos de posesión simbólica; las prácticas de lectura de los naturalistas; la trascendencia de la medición e instrumentalización de los viajes científicos ilustrados; las máquinas e instrumentos en las academias; el lenguaje de la práctica experimental y la observación como forma de representación; las condiciones de enunciación y producción de la prueba experimental; el lenguaje, y su comprensión, de la práctica experimental y la observación como forma de representación; el proceso instrumental y la especulación que implica, su dependencia de datos no instrumentales; la relación entre registros cartográficos y mitos geográficos; la tensión, propia de la Ilustración, entre las ideologías del universalismo y el particularismo cultural; la adaptabilidad de la naturaleza humana; la llamada “disputa del Nuevo Mundo” y la degradación de América; las jerarquías de conocimiento en el mundo atlántico; la función didáctica, indicadora, de la cartela geográfica; las prácticas compilatorias, de corrección de los impresos, la economía de la corrección cartográfica; la noción de inestabilidad textual frente a la figura textual; los efectos del espacio en blanco y los silencios geográficos en relación con el imaginario imperial/nacional; el papel de los relatos de viajes en el origen de la Antropología; la Climatología y su instrumental, la historia del termómetro y su uso en la Botánica y la Climatología; la retórica en la cultura científica europea; la dependencia de la observación de testigos presenciales corroborada mediante recursos instrumentales; las prácticas de recolección de los naturalistas; la búsqueda de objetos exóticos; la botánica aplicada o económica y los jardines botánicos; la página como escenario; la ciencia en el ámbito público y los espectáculos científicos; la evolución de la ciencia del ámbito discursivo al visual; los espacios físicos, como laboratorios, museos y jardines, y su papel en el desplazamiento de la ciencia de la academia al público común. En fin, cómo, con qué y para qué se hacía ciencia en el siglo XVIII.

No sobra señalar que este libro ofrece un permanente contrapunto entre la naturaleza americana y la tecnología europea; entre teoría y práctica; entre ciencia y orden natural; entre conocimiento vulgar y saber científico; entre americanos y europeos; entre dos mundos que en estudios como el que comentamos se relacionan de manera desequilibrada desde el momento en que los sujetos son solo los europeos y el objeto la realidad social y el mundo natural americano. Expresión, a su vez, de otro contrapunto, esta vez historiográfico y en relación con la historia de la ciencia, que tiene a América como escenario, en virtud del cual la iniciativa, el conocimiento y la práctica científica todavía siguen teniendo solo un origen, el europeo.

RAFAEL SAGREDO BAEZA
Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile